



# REVUE EUROPEENNE

Núm. 186

16 DE SETIEMBRE DE 1877.

AÑO IV.

## LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO

EN LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS.

La ciencia del hombre y de las sociedades humanas continúa batiendo en brecha la antigua teoría de la perfección primordial del hombre, de la prioridad del estado de naturaleza, sueños añejos de una pretendida edad de oro, y tiende á afirmar cada vez más los lazos que unen al hombre con los demas seres animados como con el resto del universo. La hipótesis del reino humano ú hominal queda desmentida cada dia por nuevos descubrimientos. En sociología, como en las demas ciencias, la doctrina de la evolucion, que por otra parte no es ni más ni ménos que la doctrina del progreso, se verifica sin cesar y tiende á adquirir un predominio especial. La psicología positiva, la etnografía comparada, le suministran cada dia nuevos argumentos; le proporcionan demostraciones nuevas, é indudablemente no está lejano el momento en que esta doctrina constituirá la armazon de una filosofía verdaderamente científica.

Así es como la concepcion de la familia primitiva sobre el modelo de la familia patriarcal se halla muy fuera de moda y no concuerda con los conocimientos que vamos adquiriendo respecto á los primeros momentos de la humanidad. Léjos de ser el matrimonio una institucion fundamental y primitiva, se presenta sólo como una costumbre relativamente reciente. No por eso es ménos respetable, pues concuerda con un desarrollo superior en el orden intelectual y moral, y constituye uno de los caracteres primordiales de las civilizaciones más avanzadas. Léjos de quedar debilitada esta institucion en su principio y en su autoridad por su tardía aparicion en las sociedades humanas, adquiere por el contrario á nuestros ojos, por estas mismas circunstancias, una fuerza y una dignidad nuevas, puesto que se manifiesta como una conquista sobre la barbarie y el salvajismo nativos, como un paso gigantesco que separa cada un dia más la humanidad de la animalidad, con la que se confundía en otro tiempo. Pero no por eso es ménos cierto que los hombres primitivos vivían en la misma promiscuidad que observamos en las aglomeraciones de animales y de la que aún quedan huellas indiscutibles en algunas tribus inferiores.

El primero que descubrió esta antigua condicion de la humanidad fué un erudito suizo, M. Bachofen (de Bâle), cuya voluminosa obra *Das Mutterrecht* (1) «el derecho de la madre», tenía por objeto demostrar, que ántes de la organizacion patriarcal de la familia ha existido un estado social en que la madre, y no el padre, constituía el centro ó núcleo de la familia. M. Bachofen establece en primer lugar que la humanidad ha pasado por un estado de *hetairismo*, así lo denomina, en que las mujeres eran comunes á los hombres de cada grupo humano. En comprobacion de su tésis, ha recogido en los autores de la antigüedad clásica numerosos ejemplos de pueblos en que los dos sexos se ayuntaban segun el capricho del momento y á la vista de todos sin el menor pudor.

Herodoto (I, 126) hablando de los Massagetos, pueblo de raza tártara, dice que aún cuando cada individuo tiene una mujer, es permitido ayuntarse con las de los demas, y que cuando un hombre desea una mujer, cuelga su carcax del carro de ésta y cohabita con ella, sin que nadie se oponga. Strabon dice lo mismo (XI, 513), y añade que las relaciones carnales se verifican públicamente. Herodoto lo dice además en otro pasaje (I, 203), y Zenobio cuenta que los Massagetos se unen en la vía pública.

Dionisio el Periegeto, Diodoro, Xenofonte y Apolonio de Rodas, acusan de la misma falta de pudor á los Mosynvecos, montañeses de las costas meridionales del mar Negro, que pasaban por verdaderos salvajes, que se pintaban el cuerpo, pero de los cuales no se dice que viviesen en promiscuidad.

El Africa antigua presenta otros casos de pueblos en que reinaba el hetairismo. Tales son los Nasamonos, cuyas costumbres respecto á las mujeres pinta Herodoto (IV, 172) como análogas á las de los Massagetos; otro tanto dice (IV, 180) de los Ausas, habitantes de las orillas del lago Triton, cuyas mujeres son comunes, y que se ayuntan como las bestias. Muchos autores refieren lo mismo de los Garamantas: Solim dice que desconocen el matrimonio y que es permitido á cada uno unirse á su gusto, *vulgo omnibus in venerem licet*: Pomponio Mela dice (V, 8) que ninguno tiene una mujer exclusivamente suya, y lo confirma Plinio (V, 8).

Strabon (XVI, 775) y Diodoro de Sicilia (III, 31, 32)

(1) Un tomo grueso en 4.º. Stuttgart, 1861. Kraiss y Hoffmann, editores.

concuerdan en presentar á los Trogloditas africanos con sus mujeres en comun, excepto los jefes, cuyas esposas deben ser respetadas; sin embargo, el castigo en que incurria cualquiera en un acto de violencia contra estas últimas no era terrible, pues consistía en la multa de un carnero.

Sexto Empírico señala un pueblo de la India que vivía en pleno hetairismo. Strabon (VII, 300) describe los Galactófagos de Scitia bajo el mismo aspecto, y Nicolás de Damasco dice del mismo pueblo: «los bienes y las mujeres son comunes; así que llaman padres á los de más edad, hijos á los más jóvenes y hermanos á los de su misma edad.» Del mismo modo se expresa Herodoto respecto á los Agathyrso (IV, 104) y Nicolás de Damasco de los Liburnos.

Por lo demas, las tradiciones de los pueblos antiguos, contemporáneas de las de la edad de oro, aluden evidentemente á un estado primitivo de promiscuidad, al atribuir la institucion del matrimonio á algun legislador célebre en su historia legendaria, tal como Menes en Egipto. Bachofen (pág. 73) sienta, segun Ateneo, que entre los antiguos habitantes del Africa existía el hetairismo, es decir, un estado social en que los hijos no tenían padre, sino solo madre; no estando las mujeres unidas exclusivamente con un hombre, no daban á luz sino hijos espúreos. Kerkops (y no Cecrope, con el que no debe confundirse) fué el primero que puso fin á este estado de cosas, convirtió la union desarreglada de los dos sexos en el exclusivismo matrimonial, dió padres á los hijos y de *uniláteros* los hizo *biláteros*.

Esta tradicion se remonta por otra parte á una época muy remota, puesto que verosímilmente es anterior á la introduccion en Grecia del elemento indo-europeo. Sábese, en efecto, por la comparacion de las diversas lenguas indo-europeas entre sí y por la restitution teórica del idioma comun de donde éstas dimanar, que la familia estaba organizada entre los Arias primitivos sobre poco más ó ménos como lo está en Occidente desde los tiempos históricos. Sólo, pues, á los pobladores prehelénicos de raza desconocida puede atribuirse aquel estado de verdadera promiscuidad á que puso término el fabuloso Kerkops. Cuando Teseo, segun Plutarco, formó de toda el Asia una sola ciudad, cuyos habitantes fundió en un solo cuerpo, mezcló probablemente la plebe autochtona con los conquistadores arianos, con los grandes ó *eupatrides*. Esta última expresión es significativa, puesto que califica de bueno el nacimiento de la aristocracia, lo que implica que los plebeyos tenían á los ojos de los nobles una organizacion inferior en su familia. Ahora bien: estos Heleno-jónicos, de raza europea, concebían seguramente la familia tal como la tenemos

en la actualidad; era, pues, preciso que la clase inferior del pueblo se hallase en un estado social que recordase la promiscuidad primitiva, y á Teseo, ó más bien á la revolucion representada por este personaje legendario, debieron el ser llamados á disfrutar de los derechos superiores exclusivos ántes de los eupatridas arianos. Es conveniente hacer constar aquí que la mujer de Atenas se encontró siempre en una condicion inferior, especialmente si se compara su suerte con la de las cortesanas ó mujeres constituidas en el hetairismo, tan consideradas en la Atica. M. Jules Baissac, en un libro moderno muy interesante y lleno de erudicion (1), opone muy ingeniosamente este estado de sujecion de la mujer ateniense, debido, segun él, al elemento autochthono ó prehelénico, á la libertad de las mujeres espartanas; estas Dóricas, de raza más pura que las Atenienses, conservaron los derechos de la mujer ariana; y el abismo insondable que interpusieron los legisladores espartanos entre los conquistadores indo-europeos, es decir, los Dóricos, y los indígenas ó Helotas, contribuyó en gran manera á preservar las instituciones de los invasores del contacto peligroso y de la influencia malsana de las costumbres más groseras del pueblo conquistado y reducido casi á la esclavitud.

El mismo autor deja asentado y comprobado con citas muy curiosas, que en Italia, en Roma, se pueden observar vestigios de antiguas costumbres hetáiricas que contrastan con el estado legal de la familia, tal como nos le presenta el patriciado. Solo este último, en efecto, se halla en posesion de un *connubium* regular, él sólo contrae alianzas justas (*iusta nuptia*), sólo sus miembros poseen una genealogía y una familia, tienen antepasados reconocidos é hijos que llevan sus nombres. Los plebeyos, por el contrario, no tienen familia (*gentem non habent*), sus hijos son bastardos, *spurii*, y entre ellos, las unciones son libres y sin freno, como entre los animales (*connubia promiscua habent more ferarum*). Ahora bien, si nos referimos á la antigüedad de la familia indo-europea, constituida ya ántes de las grandes emigraciones que trastornaron tan profundamente los pueblos y las razas de una parte del Asia y de casi toda la Europa, habremos de llegar forzosamente á esta conclusion, que es la misma de M. Baissac: que los patricios en su origen eran los conquistadores arianos, y que la plebe se componía especialmente de los antiguos elementos autochthonos, entre los que se puede encontrar, ya efectivamente, ya en las tradiciones, las huellas de un antiguo estado de hetairismo. En Roma, como en Esparta, los vencedores conservaron esmerada-

(1) *Los orígenes de la Religión*. II tomó en 8.º Paris, 1877. Editor, G. Decaux.

mente su organización familiar, y los patricios la defendieron largo tiempo contra las aspiraciones populares, que al fin acabaron, á pesar de ellos, por triunfar de la orgullosa resistencia de los nobles: estos se vieron obligados á compartir sus privilegiados derechos de familia con las clases inferiores, que realmente habian abandonado siglos ántes sus bárbaras costumbres de los tiempos antehistóricos.

También la India nos presenta ejemplos análogos. Entre las ocho especies de matrimonio reconocidas por las leyes de Manou, el casamiento, según la costumbre de los gandharvas ó centauros, caballeros y músicos celestes de la mitología india, tiene una gran semejanza con la union libre de los pueblos primitivos. De este modo fué el casamiento del rey Bushmanta con la hermosa Sakúntala, sin más formalidad que el consentimiento de esta jóven, y el asceta Kanva, lejos de reprenderle este acto como una falta, le declara que no ha cometido ninguna infracción de la ley, y que su matrimonio es muy bueno entre los Kshatriyas, casta á que pertenece el rey.

El Mahá-bhárata menciona la existencia de la comunidad de las mujeres en una época remota. «En ellas, sirviéndoles de excusa la juventud, no era un crimen el ser infiel á su esposo; al contrario, era un deber... Los séres concebidos en la matriz de las bestias siguen aún sin cólera y sin amor esta ley primitiva. Esta costumbre enseñada por la naturaleza la observan aún los Maharshis y los Kouravas del Norte. (Adi-Parva, de 4.720 á 4.722.)» Un brahma, llamado Cvetaketu, fué el primero que prohibió este hetairismo universal, á consecuencia de haber visto á su madre arrastrada á los brazos de otro brahma y ante la vista de su padre. Este, según la leyenda, no halló motivo para oponerse y hasta intentó calmar la indignación de su hijo, dirigiéndole estas palabras: «Es la costumbre general. Las hembras de todas las especies son comunes en la tierra; lo mismo las vacas que las mujeres, cada una en su casta. (Id. 4.728-4.729.)» Aquí haremos la misma observación que hicimos respecto al hetairismo de Grecia y de Italia. No nos referimos á las instituciones arianas, sino más bien á costumbres locales en uso entre los aborígenes de la península india, que por otra parte presentan algunos curiosos ejemplos de organización más ó menos primitiva de la familia.

En el mundo semítico hallamos también huellas evidentes de un estado hetáirico muy extendido. La gran prostitución sagrada que se practicaba desde las orillas del Tigris y del Eufrates hasta las del mar de Fenicia, desde las llanuras de la Caldea hasta las montañas de la Armenia, hasta las mesetas y los valles del Asia menor, es una prueba irrefutable de ello. El mismo hecho de que tan extraña ins-

titución, que entregaba á toda mujer, por lo ménos una vez en su vida, á las caricias del primer advenedizo, estaba revestida de un carácter religioso, demuestra sólidamente su origen, porque en los tiempos primitivos, y aún más adelante en la época del desarrollo de las sociedades, costumbres, religion y organización social son una sola y misma cosa. Este sacrificio que hacía de su cuerpo la mujer de la Mesopotamia ó de la Palestina á la divinidad del elemento húmedo y de la tierra, era sin duda el reconocimiento implícito del antiguo derecho de los machos á gozar de todas las hembras de la tribu ó de la raza.

Esta promiscuidad originaria debia producir la constitución de la familia por la mujer. La paternidad dudosa ó desconocida no podia sobreponerse en las genealogías á la maternidad cierta y reconocida. Al hetairismo sucedió naturalmente un estado de cosas que podemos designar legítimamente con el nombre de *matriarcado*. Los Lycios son los que presentan, entre los pueblos de la antigüedad, un caso más notable de este fenómeno social que en el día nos parece tan extraño. Sus costumbres, dice Herodoto (I. 173), son en parte cretenses y en parte arianas. Sin embargo, tienen una costumbre singular que las distingue de todas las demás naciones del mundo. Toman el nombre de su madre y no de su padre. Si se pregunta á un Lycio quién es, responde dando su nombre, el de su madre, y así sucesivamente el de su línea materna. Aún más: si una mujer noble se casa con un esclavo, sus hijos se consideran como nobles ó de buen nacimiento; pero si un hombre libre se casa con una extranjera ó vive con una concubina, aún cuando fuese el más elevado personaje del Estado, sus hijos no tendrían derecho alguno de ciudadanía.»

Lo mismo dice Nicolás de Damasco: «Los Lycios tributan á las mujeres mayores honores que á los hombres: toman el nombre de la madre, y las herencias se transmiten en la línea femenina y no en la masculina.» Expresándose también del mismo modo otros autores antiguos, es indudable que en Lycia la sociedad vino á parar á un estado en que la familia estaba constituida sólo por la madre, y en la que sólo existía el parentesco uterino, al paso que el consanguíneo, que es la regla casi general en las épocas históricas, era allí menospreciado ó tenido por nulo.

M. Bachofen hace notar muy ingeniosamente que la misma palabra *matrimonium* (matrimonio) reposa sobre la idea fundamental del derecho de la madre. Para expresar la union conyugal de donde nace la familia se ha dicho siempre *matrimonium* y no *patrimonium*. Para él, la expresión de *materfamilias* está íntimamente unida en su significación á la de *matrimonium*, y la palabra *paterfamilias*

debe ser muy posterior, y toma á Plauto como testigo, pues este autor no usó nunca esta palabra, al paso que escribió muchas veces la de *materfamilias*. Sin embargo, el matriarcado implica la existencia del padre, pero no la del padre de familia. «La familia, dice M. Bachofen, es una concepción puramente física, y por consiguiente no tiene valor sino con respecto á la madre... El padre, apenas es más que una ficción jurídica; la madre, por el contrario, es un hecho físico.» Cita con este motivo y á este propósito algunos legistas, uno de los cuales, Paulo, ha declarado que «la madre es siempre cierta, aún cuando hubiese concebido ilegítimamente, pero el padre es sólo aquel que designan las nupcias» (*mater semper certa est etiamsi vulgo conceperit; pater vero is tantum quem nuptiæ demonstrant*).

Cuando falta la ficción del derecho, cuando no hay padre, los hijos son hijos públicos, como dice Séneca, *publici pueri*, pero también son bastardos, *spurii*, según la ley romana. Más adelante explica que sólo la madre y el hijo son naturales, y se funda en un pasaje de Cujas: «Hijo y madre son nombres de naturaleza; cognado (*cognatus*) es también un nombre de naturaleza, pero agnado (*agnatus*) es una palabra civil y no de naturaleza (*agnatus vero civile verbum est non naturæ*).» «Lo mismo sucede con respecto al padre, añade M. Bachofen, que no es verdadero y cierto sino en virtud del derecho y no por la naturaleza; porque la naturaleza es la ley física de la materia, es decir, el lado materno de la potencia natural. Síguese de aquí que no puede pertenecer á la madre el derecho de adopción.»

Por esta razón los hijos uterinos están más íntimamente unidos entre sí que los hijos consanguíneos (*eodem patre nati*). M. Bachofen hace observar por un lado, con Libanio, que es muy raro que vivan en buena inteligencia hermanos nacidos de diferente madre, y por otro recuerda que en la *Iliada* (III, 228), Helena explica su cariño á los Dioscuros porque los ha dado á luz una misma madre, y que en el canto XXI, Lycaon, hijo de Priamo, procura apaciguar la cólera de Aquiles que le persigue, diciéndole: «No me mates, pues yo no he salido del mismo seno que Hector,» que fué quien hizo morir á Patroclo.

En sentir de M. Bachofen, sería inexacto presentar los pueblos en que se halla constituido el matriarcado ó la gynecocracia, como él lo denomina, como si estuviesen en un estado social inferior en que no existe el matrimonio y sólo predominan los ayuntamientos sexuales á guisa de animales. La gynecocracia, dice, no pertenece á los tiempos anteriores á la civilización; es por sí misma un estado de civilización. Corresponde al período de la vida agrícola ordenada y regular; y, en efecto, los ejemplos

que de ello presenta, principiando por los Lycios, se refieren á pueblos cuyo estado social estaba muy adelantado, y que en modo alguno pueden mirarse ni como salvajes ni como bárbaros. Esta fase sociológica es una verdadera transición entre el estado de hetairismo completo, de promiscuidad feroz y las instituciones actuales en que el padre es el eje de la familia definitivamente constituida.

Los Lycios no son los únicos en la antigüedad que reconocieron sólo la filiación materna. Según Polibio, el vientre habría tenido entre los Locrios el privilegio exclusivo de ennoblecer; este pueblo en su origen no reconoció más parentesco que en la línea femenina. M. Bachofen halla vestigios de la antigua gynecocracia en todas las naciones de la Grecia; nos permitiremos decir que llega hasta á torturar ligeramente los textos para obtener nuevos argumentos en favor de sus tesis, y que va á buscarlos en todas partes, no sólo entre los historiadores y los geógrafos, sino también entre los poetas y en las leyendas que comunmente sólo tienen un sentido simbólico y religioso poco concluyente. La gynecocracia ha reinado, para M. Bachofen, en toda la familia pelásgico-lelega, sobre los Carios del Asia menor, como sobre los Arcadios de la Helida. Las Amazonas, cuya existencia real es tan dudosa, no son para él un mito, y han formado verdaderos estados gynecocráticos. En nuestro juicio, en todo esto hay mucho de cierto y no poco de erróneo. Pero no por eso es ménos cierto que estando reconocido oficialmente sólo el parentesco materno entre los Lycios y los Locrios, por ejemplo, es muy verosímil que, en su origen, otros muchos pueblos congéneres debían encontrarse en el mismo estado social.

Hay un pasaje muy curioso en la obra de M. Bachofen (págs. 45 y 46), y es en el que recurre para robustecer su tesis al juicio de Orestes, asesino de su madre. En la trilogía de Esquilo, para demostrar la lucha que hubo de empeñarse en cierto momento histórico entre el antiguo derecho materno y el derecho más reciente del padre, los dos principios están representados, uno por las Erimnyas, el otro por Apolo y Athené. Orestes ha matado á su madre para vengar á su padre. ¿Quién de estos, el padre ó la madre, es pariente más cercano del hijo? Atené ordena el juicio. Los más eminentes entre los ciudadanos son los que deben decidir. Las Erimnyas se pronuncian contra el asesino. Apolo, que le ha sugerido el acto y que le ha purificado por la efusión de sangre, presenta su defensa.

Las Erimnyas toman el partido de Clytemnestra, Apolo el de Agamemnon. Las unas sostienen el derecho materno; el otro defiende el derecho paterno. El diálogo siguiente entre Orestes y las Erimnyas expone bien la tesis de estos últimos:

«LAS ERIMNYAS.—¿Te ha inducido el oráculo á matar á tu madre?»

ORESTES.—Aun ahora mismo no soy dueño de mi destino.

LAS ERIMNYAS.—Que sea condenatoria la sentencia, y bien pronto hablarás de muy distinto modo.

ORESTES.—Si lo creo, pero aún me presta mi padre su apoyo desde el fondo de su tumba.

LAS ERIMNYAS.—¿Te atreves á confiar en los muertos, tú que has matado á tu madre!

ORESTES.—Sobre su culpable cabeza cayó la responsabilidad de un doble crimen.

LAS ERIMNYAS.—¿Cómo! Entera de eso á tus jueces.

ORESTES.—Ella mató á su marido y me mató á mi padre.

LAS ERIMNYAS.—Pero tú, tú vives aún, al paso que ella ha expiado su crimen.

ORESTES.—Porque tú no la has perseguido cuando vivía.

LAS ERIMNYAS.—Ella no estaba ligada por la sangre al hombre á quien mató.

ORESTES.—Pero dime, ¿soy yo de la sangre de mi madre?

LAS ERIMNYAS.—Asesino, ¿no te habia llevado en su seno? ¿Has renegado de la sangre sagrada de tu madre?»

Se ve aquí claramente que las Erimnyas no reconocen el derecho del padre y del marido, puesto que no han castigado el crimen de Clytemnestra. Sólo reconocen el derecho de la madre, la sangre materna, y hacen de ella responsable al matricida, segun el derecho y el uso antiguo. Apolo ve esto de otro modo. Ha ordenado la muerte de la madre para vengar al padre, porque el celeste Zeus le ha revelado ser así necesario. Por tanto, toma él la defensa de Orestes contra las Erimnyas. Pone el derecho paterno frente á frente del derecho materno, y deduce la preeminencia de aquél sobre éste. Se muestra, pues, en esta ocasion especialmente πατρωος (padre adoptivo), sobrenombre con que se le distinguia en Atenas como dios protector de la ciudad, y que los autores explican por αρχηγος των γενου (el jefe de la familia) (Plutarco, Demet., 40), y por προγονος (hijastro, ahnado) (Diodoro, 16, 57). Habla á los jueces en estos términos:

«Sobre este particular yo digo, y fijaos bien en mis palabras: La madre no es la generatriz de su hijo; alimenta y lleva en su seno la vida allí inspirada. El padre es el que engendra, pero ella conserva cariñosa la prenda de su amigo, cuando por ello no se ha ofendido á un Dios. Ahora bien; voy á aclarar esto con un ejemplo bien patente; porque se puede ser padre sin que haya necesidad de una madre: aquí se halla presente como testigo la propia hija de Zeus Olímpico, que nunca estuvo

encerrada en ningun umbroso seno materno, y nunca Dios alguno ha dado el sér á un hijo más noble.»

El derecho de la generacion se declara preferente por Apolo, así como las Erimnyas dan la primacia al de la sangre y la carne que el hijo recibe de la madre. Aquel es el derecho moderno, este es el antiguo. Y las Erimnyas responden á Apolo:

«Tú echas por tierra los antiguos Dioses (παλαια δαιμονα).» Y más adelante: «Puesto que tú, jóven dios, nos humillas á nosotros, divinidades antiguas.»

Entónces los jueces, ilustrados por los argumentos de las dos partes, se dirigen á la urna del escrutinio, y Athené toma igualmente por su parte de encima del altar la piedra con que va á emitir su voto, y teniéndola en la mano, dice:

«Me corresponde pronunciar el último voto, y pongo en la urna esta piedra en favor de Orestes, porque no hay madre que me haya dado á luz. Amo con todo mi corazon todo lo que es varonil, excepto el matrimonio, porque pertenezco enteramente á mi padre. Por eso absuelvo el asesinato de una mujer que habia á su vez asesinado á su marido, el protector de la casa. Que Orestes salga victorioso, gracias á una sentencia conforme á mi pensamiento.»

El padre, el sosten de la casa, y no la madre, tiene un derecho preferente: segun este derecho, que proviene de Zeus, padre de Apolo y de Athené, queda absuelto por empate, gracias al voto de Minerva, en el primer proceso criminal formado entre los mortales. Pero el nuevo derecho es para los nuevos dioses. El medio coro de las Erimnyas canta:

«¡Oh, nuevos dioses, vosotros destruis las antiguas leyes y las arrancais de nuestras manos!» Se ha arrebatado todo apoyo al antiguo estado legal de la humanidad, se ha aniquilado la base de toda prosperidad. Ya no se oirá exclamar: «¡Justicia, ó poder de las Erimnyas!» Irritadas por la cólera estas divinidades, estas hijas estériles de la noche, van á sumergirse en las profundidades de la tierra y van á quitar al suelo su fertilidad, al germen su fuerza de desarrollo. Pero Athené sabe ganarlas y reconciliarlas con el nuevo derecho. Al lado de ella las Eumenides serán objeto de un culto piadoso. No serán despreciadas ni destruidas.

«En una mansion honrosa, cerca del templo de Erechthea, sereis altamente veneradas por los hombres y las mujeres...»

Ellas aceptan de buen grado templo y culto cerca de Pallas... Segun se ve, la exposicion de Esquilo basa en la lucha del derecho paterno y del derecho materno. La costumbre del tiempo antiguo está abolida, y un principio nuevo ocupa su lugar. Ha

quedado abandonada la union preponderante del hijo con su madre. El esposo se coloca al lado de la esposa, y con un derecho superior. El principio material queda sometido al derecho espiritual. De este modo el casamiento ha alcanzado por primera vez su verdadera altura. Con las Erimnyas, como se lo echa en cara Apolo, la creacion de Hera, el santo vinculo conyugal estaba aherrojado y sin honor. Su violacion por Clytemnestra no significaba nada á los ojos de aquellas, y tal violacion no era bastante á justificar á sus ojos la justa, pero-sangrienta, accion de su hijo. Bajo este aspecto, el derecho paterno parece de igual importancia que el derecho conyugal, y parece al mismo tiempo como el punto de partida de una época completamente nueva, de una época de orden estricto en la familia y en el estado, de una época que lleva en sí los gérmenes de un poderoso desarrollo y de una exuberante germinacion. Con estas nuevas bases, Athené elevará á su pueblo al mayor grado de poder, y Apolo le prestará su apoyo en esta empresa.

Este drama de Esquilo, bajo su forma mitológica, presenta no obstante un carácter notable de verdad histórica. Cuando el gran poeta trágico representó los dioses nuevos Apolo y Athené en oposicion con las viejas divinidades infernales, con las Erimnyas, ¿no se refería á la lucha de que fueron teatro el Atica y toda la península Helénica entre el patriarcado francamente ariano y el hetairismo, ó al menos, la gynecocracia de los autochthonos? Hemos apuntado más arriba un curioso pasaje de Ateneo en el que se habla de un príncipe casi fabuloso, llamado Kerkops, al cual se atribuye el ser el primer legislador que estableció el matrimonio en el Atica y dió un padre á los hijos, todos bastardos hasta entónces. Igualmente, Varron refiere en un fragmento citado por San Agustin, que primitivamente, en Atenas, los hijos llevaban sólo el nombre de su madre y que las mujeres tenían allí el derecho en las asambleas del Agora. No parece, pues, dudoso que no haya tenido su época en la historia de la humanidad el antiguo derecho materno, aún en esa misma tierra heroica de Grecia, á la que la enseñanza clásica tiende á representarnos como el emporio de la fuerza viril. A consecuencia, pues, de una revolucion desconocida, simbolizada por el juicio de Orestes en la trilogia de Esquilo, el estado actual de cosas reemplazó á aquel en que la madre gozaba de una preponderancia exclusiva. En nuestra opinion, esta revolucion se produjo muy verosímilmente como consecuencia de la conquista ariana, ó hablando con más exactitud, sin duda por la invasion de las ideas arianas, lengua, religion é instituciones sociales. Los dioses nuevos Apolo y Athené son profundamente arianos, como Zeus, su padre, y defienden precisamente una organizacion de la familia,

semejante á la que encontramos en todas las naciones Indo-europeas, al ménos en la apariencia. Efectivamente, no es sólo en Grecia donde encontramos huellas de una gynecocracia preexistente; la Italia y otras muchas regiones nos presentan ejemplos de ella.

El matriarcado, segun M. Bachofen, debe haber correspondido á un sistema religioso antiguo cuya base hubiese sido el culto de la Tierra, del elemento húmedo y de todas las fuerzas telúricas representadas precisamente en la *Orestia* por las infernales Erimnyas. Ahora bien; se nos ocurre con este motivo un doble escrúpulo, y dudamos, por dos razones, en admitir sin reserva la tésis del sabio de Bâle. En primer lugar, permaneciendo en el terreno puramente ariano, el culto de la Tierra y de las aguas es tan antiguo como el de las fuerzas celestes y atmosféricas; al lado de *Dyauus* (en griego *Zeus*; en latin, *Jovis*; en germano, *Zio Tios*; en escandinavo, *Tyr*) el Cielo, se encuentra sin cesar una diosa de la Tierra, ó mas bien la tierra divinizada; la *dyade* divina del Veda *Dyavaprthivyan* se muestra en los himnos más antiguos, y la oposicion que señala M. Bachofen entre las divinidades autochthonas y las divinidades ouranianas apenas existe en los mitos arianos. En Grecia *Demeter* lleva un nombre ariano, la *Erimnya* es ariana lingüística y mitológicamente: es la *Saranyu* védica. Ahora bien, como está comprobado que por muy remota que sea la época á que podamos remontarnos en el estudio del desarrollo de la raza indo-europea, allí hallamos siempre confirmada la existencia del patriarcado, por esta parte no existe el antagonismo social y religioso que constituye el fondo de la doctrina de M. Bachofen. La única explicacion que en nuestro juicio resuelve esta dificultad es la siguiente: los pueblos en que reinaba la gynecocracia seguían una religion exclusivamente telúrica, cuyas divinidades tenían nombres muy distintos de los que han llegado hasta nosotros, y que vistieron despues una forma indo-europea confundiendo con los dioses y las diosas arianas que con ellos tenían más analogía. Bajo un aspecto algo diferente en su exterior, el culto antiguo y la sociedad antigua continuaron la lucha con los mitos nuevos y con las instituciones importantes del Aria.

Otra objecion puede hacerse á las teorías de M. Bachofen; es que no ha tenido en cuenta para nada la influencia semítica. Muchos ejemplos que aduce en apoyo de sus deducciones, muchos casos de hetairismo, de gynecocracia, de telurismo religioso pueden referirse sin violencia á los mitos y á los ritos del Asia antigua, donde sin embargo predominaba enérgicamente el patriarcado. Reconocemos, no obstante, como lo hemos hecho más arriba, que se pueden sacar indicios muy claros de la preemi-

nencia del derecho femenino ó materno en el substratum social de la Mesopotamia y de la Syria. Movers, en su libro, ya clásico, sobre los Fenicios (*Die Phoenizier*, 3 tomos en 8.º) ha seguido por toda la cuenca del Mediterráneo las colonias y las factorías de aquel pueblo de navegantes-mercantiles que, como todos los pueblos de su raza, unían á su afán por el lucro un espíritu de proselitismo muy caracterizado. A todas partes á donde arribaron con sus galeras y en que fundaron establecimientos los marinos de Guebal (Byblos), de Arbad, de Sidon y de Tyr, llevaron también sus dioses y sus ceremonias religiosas. Muy admirados por los indígenas, á causa de su civilización ya tan adelantada, enseñaron á estos, con las artes y la industria, sus mitos y sus ritos. De aquí los santuarios, á la Gran Madre, á Afrodita; en una palabra, á una poderosa divinidad femenina cuyo culto orgiástico reobrando sobre las instituciones produjo una multitud de fenómenos religiosos y sociales en que M. Bachofen ha visto naturalmente vestigios evidentes de una antigua gynecocracia. Por consiguiente, estos ejemplos, lejos de provenir de la antigua religion telúrica de los Selasgo-Selegos, serian importaciones fenicias, es decir, extranjeras. No obstante, tanto en este caso como en el otro, no estamos muy distantes de ver en ello una superposición. Los indígenas que aceptaron tan fácilmente los dogmas y las divinidades de los Fenicios, no debieron chocarles, ántes por el contrario vieron en ellos sin duda alguna una forma nueva de sus propias concepciones mitológicas, en perfecto acuerdo con su estado social, basado sobre la preferencia del principio femenino del derecho de la madre.

Mas sea como quiera, la existencia del parentesco por las hembras no parece dudosa. No solamente lo mencionan los autores antiguos entre los Lycios, los Locrios y los primeros habitantes del Atica, sino que en nuestros dias hallamos este fenómeno sociológico en una porcion bastante considerable de las tribus bárbaras del Asia, del Africa y de la América. En muchos países, la corona real no se trasmite de padre á hijo, sino de tío materno, el Rey á sobrino, hijo de la hermana del Rey. Los llamados Chamitos ó Camitos parece que estuvieron sometidos en su mayor parte á la gynecocracia, ó, cuando ménos, en las épocas históricas vemos entre ellos, en Egipto, por ejemplo, que la filiación materna tiene una gran importancia, y el trono estuvo en él muchas veces ocupado por mujeres, lo que es completamente contrario á las reglas de las sociedades regidas por el patriarcado.

Volviendo á M. Bachofen y á sus teorías, el derecho materno explica, segun él, muchos detalles oscuros de la historia legendaria de la Grecia. Así es como la tragedia de Eurípides, *Ion*, contiene un

ejemplo notable de ello, porque el héroe, Ion mismo, no es admitido á heredar los bienes que le corresponden sino cuando se sabe que desciende de Erechthea por la linea materna. La expedición de los Argonautas, la victoria de Jason, no son sino leyendas relativas á la victoria del principio luminoso, sobre el sombrío principio autochthono, de Apolo sobre la religion telúrica, del nuevo derecho del macho sobre el antiguo derecho de la hembra. Lo mismo sucede con las luchas victoriosas de los semi-dioses, hijos ó descendientes de Zeus, sobre las Amazonas, campeones de la gynecocracia. Pero ésta no desaparece en absoluto, y el antagonismo continúa sordamente. Sin embargo, establecióse una concordia al establecerse los ritos dionisiacos, que participan del culto de Apolo y del de las fuerzas terrestres, y, á pesar de todo, no se logró aquel acuerdo sin conflicto ni lucha. Orfeo, que es desde luégo el representante del apolinismo, fué arrastrado y muerto por las mujeres tracias, y á causa del culto de Baco se produjo una reaccion en favor del antiguo sistema pelágico.

«Por su parte, Alejandro—dice M. Bachofen (páginas 210-211)—sale al encuentro de las ideas gynecocráticas, áun cuando tratando con todo miramiento al mundo asiático que habia conquistado. Sus relaciones con Ada y Cleopis, así como su comportamiento con la régia madre de Darío, son sólo la continuacion del gran respeto que manifestó ante Olympias. En el mito de su encuentro con Caudacia, los dos aspectos de la majestad de la maternidad y la sumision de ésta ante el brillo intelectual preponderante del hombre, hallaron igual legitimación. Esa es su significación. Las partes místicas de la historia de Alejandro, merecen se fije la atención en ellas tanto como en las indicaciones puramente históricas. Estas últimas manifiestan lo que ocurrió; pero las primeras recorren el velo de lo que se pensó y dan testimonio del modo como los contemporáneos, vencedores y vencidos, comprendieron los acontecimientos. La profunda impresión que hicieron en los contemporáneos la apertura del Asia y la aparición á los ojos de los dos mundos de un joven héroe que marchaba á pasos agigantados en la escena de la vida, encontró, en el mito, su expresión por excelencia. Cuando comparamos el conquistador macedonio con los héroes de los tiempos antiguos á cuyos nombres se refieren los recuerdos de la lucha y de la derrota de la gynecocracia, se nos presenta un hecho de la mayor importancia para la historia del desarrollo de la humanidad. Mientras Aquiles, Theseo, Hércules, los fundadores de la civilización helénica, preparan al derecho del hombre esa completa victoria intelectual que se manifiesta en el más alto punto, en la claridad y en la calma, siempre iguales del Dios de Delfos, la civilización

oriental, fundada en la victoria de Alejandro, no pudo dar á la paternidad un desarrollo tan completo. Hércules, de quien pretendia suceder el héroe macedonio por la línea paterna, quedó en segundo término pospuesto al Dionysio materialista y favorable á la mujer. Puede relegarse al campo de la prueba la narracion hecha por los antiguos del triunfo báquico de Alejandro á través del Asia; pero no por eso conserva menos su verdad y su significacion íntimas. El grado de religiosidad en que se apoya la civilizacion macedónica es más antiguo y más material que aquella á que se elevó el Apolo delfo en el curso de los tiempos. Se refiere especialmente al sistema de Samotracio, en el cual, como en todos los misterios, ocupa la maternidad el primer lugar, y conforme á cuyo sistema se llevó á efecto la union de Olimpia y de Filipo. Para salvar este grado y pasar de la concepcion pelásgica á la concepcion heleno-delfia, nada es ménos á propósito que la alianza entre el Oriente sensual y materialista, y la civilizacion indo-egipcia. En la aparicion y en la heroica carrera de Alejandro se habia manifestado tambien más gloriosamente el espíritu viril, que, como lo manifiesta bien claramente el mito de Caudacia, lo habia reconocido desde luego y espontáneamente como superior aquella mujer soberana; pero á causa de las dificultades de la situacion en Asia, los sucesores del héroe de Macedonia no pudieron proseguir la victoria y darle la duracion y subsistencia que los Helenos, los cuales desearon el principio paterno de Hércules y de Theseo á su más alta expresion. Cuando, en el *Pseudo Callisthenes*, Alejandro moribundo se queja de que los que le rodeaban, que han asistido á todos sus altos hechos, no han podido comprender aún su pensamiento y los designios del cielo, hay una evidente verdad histórica. En vez de continuar marchando del principio materno á la paternidad inspirada por Apolo, los reinos procedentes de la conquista de Alejandro se abismaron cada vez más en el materialismo femenino. No es al Dios de Delfos sino al Apolo-Koros de Sinope y de los Hiperbóreos, divinidad de origen indio, á la que eligió el primero de los Ptolomeos como centro religioso de su nuevo imperio egipcio, y en la casa de los Lagidas, Dionysio desposee bien pronto al gran Hércules, que era considerado como el Archigeta de la línea masculina. En el sacerdocio alejandrino sólo Alejandro aparece como célibe, mientras sus sucesores sólo se ayuntan en asociacion femenina, siendo entre ellos superior la maternidad á la paternidad. En ninguna otra parte resplandeció con mayor brillo el culto dionisiaco del Fallus; en ninguna parte ejerció más poderosamente su influencia sobre la mujer que en la casa de los Lagidas; en ninguna parte fué restaurado de un modo más irresistible el

antiguo poder de la maternidad que en las orillas del Nilo, donde unieron su Iris á Serapis Koros y le enviaron á reinar hasta en las regiones de Occidente. Un mito refiere que Aquiles continuó, aún despues de su muerte, en Leuké su lucha contra las Amazonas, y que allí completó la victoria comenzada durante su vida. ¡Qué significacion y qué verdad encontramos en esta idea! ¡Cuán llena de pensamientos nos parece esa concepcion cuando la comparamos con el destino del imperio de Macedonia! Los Helenos terminaron la obra de Aquiles, porque el joven héroe, en su guerra contra el Asia, enseñó á su pueblo el camino para un desarrollo superior: los herederos de Alejandro no supieron seguir sus huellas; no continuó la lucha despues de la muerte del segundo Aquiles, y por eso se perdieron nuevamente los frutos de la primera victoria.»

La doctrina pitagórica, segun M. Bachofen, fué tambien un retroceso del pensamiento humano en Grecia hácia el predominio del principio femenino. El importante papel que se digna á las mujeres en esta filosofia, parece indicar esta tendencia del espíritu. La maternidad autochtona es objeto en ella de una veneracion especial; á la Tierra es á quien debe pedirse proteccion contra el rayo y la tempestad, es decir, contra las temibles manifestaciones de las potencias celestes. La prohibicion de alimentarse con huevos y con ciertas legumbres, es tambien un indicio evidente, en opinion del sabio suizo, del respeto al principio de la maternidad. El huevo representa efectivamente el fenómeno del parto, y el haba era un simbolo del embrión. Hubo una reaccion del elemento pelásgico sobre el elemento puramente helénico, reaccion ayudada por la introduccion de las ideas egipcias y asiáticas que Pitágoras habia adquirido sin duda en sus viajes á las orillas del Nilo y á la Caldea. La predicacion pitagórica fué un combate contra el sistema de la preponderancia exclusiva del hombre y en favor de la antigua majestad de la mujer, al propio tiempo que de la restauracion de los antiguos ritos, de la antigua teologia de los misterios. «Pitágoras aparece como el campeón del sexo femenino, como el defensor de su derecho, de su inviolabilidad, de su alta mision en la familia y en el Estado; echa en cara á los hombres, como un pecado, la humillacion de la mujer: ésta no debe estar sometida á su esposo, sino en un estado de completa igualdad con él.» La vida, los bienes, todo debe ser común entre los cónyuges.

M. Bachofen va más léjos; atribuye las ideas de Platon sobre la dignidad de la maternidad al pitagorismo, y por consiguiente á las rancias concepciones gynecocráticas de los Pelasgos. No sin vacilacion registramos esta idea. Entre el reconocimiento de los derechos de la mujer respecto al



hombre, tal como los han expuesto los filósofos antiguos y el antiguo principio de la sujeción de un sexo al otro, hay en nuestro juicio un abismo. La gynecocracia, resultado de un hetairismo brutal, fué reemplazada por el patriarcado, factor importante de un grado de mayor civilización; pero la dependencia absoluta á que quedó reducida más adelante la mujer, pareció tan fuera de orden como el antiguo estado de cosas al desarrollarse las ideas de orden y de justicia; y no hay necesidad, en nuestra opinión, de una reacción del espíritu pelásgico para explicar las doctrinas de filosofía social que se han infiltrado en nuestros códigos, sin que hayan tenido aún completa aplicación en la práctica.

Si M. Bachofen ha creído encontrar vestigios de las concepciones prehelénicas en el sistema de Pitágoras, asegura que se hallan también, y aún más acentuados, entre los gnósticos, especialmente los de la secta carpocraciana. Atribuye este fenómeno de regresión al estado transitorio en que se encontraba el espíritu humano cuando el paganismo griego y romano cedieron su puesto al cristianismo. Los períodos de decadencia se asemejan mucho á los de la infancia, y pudiera decirse que en las grandes crisis por que ha pasado la humanidad un remolino extraño hace volver á salir á la superficie ideas y concepciones perdidas mucho tiempo antes en los abismos del pensamiento humano. Así vemos á los carpocracianos hacer alarde de la promiscuidad grosera y bestial, del comunismo salvaje, y, si hemos de dar crédito á M. Bachofen, dar culto á los rancios principios de la religión autóctona. Sin duda alguna así ocurrió efectivamente: ¿no hemos visto volver á aparecer más tarde en diversas épocas estas locuras sociales, ya en sectas religiosas como en la Edad Media y en tiempo de la Reforma, ya en sistemas socialistas, cuyos autores, tanto de unos como de otros, ignoraban lo que era el telurismo, el principio húmedo y la gynecocracia? ¡Cuánto más vasto campo no hubiera encontrado M. Bachofen para sus investigaciones sobre el matriarcado si hubiese aplicado su talento de investigación á las exageraciones místicas de la mariolatría, á ese culto de la madre y de la mujer que se ha introducido poco á poco en el cristianismo y que tanto hubiera escandalizado al elocuente y viril apóstol de los gentiles!

Pero ya estamos muy lejos de los tiempos en que el helenismo ariano, con su familia dirigida por el padre y el hombre, luchaba victoriosamente contra un estado social inferior, bárbaro aún en el fondo, á pesar de un desarrollo bastante vasto de civilización material; y queda al presente sentado que la humanidad ha recorrido diversas fases sociológicas; que, en lo que atañe á su organización,

la familia no ha sido siempre lo que es en el día, y que, en virtud de la fuerza de evolución á que se halla sometido todo el universo, no permanecerá tal cual está y se modificará en lo futuro, como se ha transformado desde la época en que los primeros hombres principiaron á distinguirse de los otros seres animados.

GIRARD DE RIALLE.

## CICERON.

### ARTÍCULO 2.º

Continuación del anterior.—Elocuencia ciceroniana.

#### I.

Pocos días después muestra una resolución más firme, pero fué una resolución contra los vencidos. Algunos cómplices de Catilina, que quedaron en Roma convictos de correspondencia con él, son cogidos y aprisionados por el cónsul. Inmolarlos sin juicio y á pesar de las leyes protectoras de la vida de los ciudadanos, era asumir la responsabilidad más terrible; soltarlos era proclamar la impunidad del abortado complot.

Ciceron somete el problema al Senado.

César los defiende con el desden y la protección de un aparente desprecio, pero con la habilidad de un cómplice.

El Senado vacila, Ciceron se obstina, se indigna, levanta la cólera abatida de los senadores, pide la muerte y la obtiene en nombre del peligro público.

Sale del Senado, hace ejecutar de su sola autoridad á Léntulo, á Cetego, á todos los sospechosos del partido de Catilina, y al abandonar la prisión donde acaban de espirar bajo sus lictores, y pasando por delante de los grupos de los partidarios que esperaban conocer cuál había sido su suerte:

¡Vivieron! dice. Y desafía con la mirada y el gesto á sus enemigos; da gracias á los dioses por la salvación de Roma, y se retira á su casa.

La facción de Catilina, por todos reprobada, que no había podido tener á su favor en Roma más que trescientos malvados perdidos de opinión y de fama, fué batida en un día en Florencia, como lo había sido en una noche en Roma.

De tal suerte (1) describe el ilustre poeta francés, siguiendo fielmente á Plutarco, uno de los períodos más importantes de la vida de Ciceron.

\* Véase el número anterior, pág. 327.

(1) Con pequeñas variantes,

Y prosigue poco despues casi en los siguientes términos (1):

Uno de esos acontecimientos de la vida privada de los grandes hombres, y que no pocas veces influyen en la suerte de los pueblos, avivó el odio de Clodio contra Ciceron. Clodio amaba á Pompeya, jóven esposa del César, y, sea que ésta alimentase en secreto aquella pasion, ó que Clodio, malvado por excelencia, quisiese perderla, es lo cierto que se introdujo en su casa, siendo sorprendido por un esclavo en traje de mujer en una noche de sacrificios y de misterios reservados á las mujeres.

César, sin quejarse de su mujer y sin romper con Clodio, que se veía precisado á contemplar por no indisponerse con el pueblo, repudió á Pompeya. Clodio fué enjuiciado como profanador de los santos misterios. Ciceron habló contra Clodio, impulsado por Terencia, su mujer, ambiciosa y celosa. Terencia aborrecía á Clodio, porque Ciceron admiraba á la jóven Clodia, hermana de Clodio. Terencia temia que pensase en repudiarla para casarse con esta rival; de suerte que los celos de una mujer iban en Roma, como ántes en Atenas, á decidir los más grandes acontecimientos de la república.

Clodio, absuelto, á pesar de Ciceron, por el favor de la multitud y por el político silencio de César, abjura de su nobleza y se hace adoptar por un plebeyo, á fin de poder ser nombrado tribuno, magistratura que personificaba en Roma los intereses y las pasiones populares, y que contrabalanceaba frecuentemente á los cónsules y al Senado.

Éste, los cónsules, Craso, César y Pompeyo mismo, habiendo abandonado por impotencia, por desidia ó por condescendencia todo su poder en manos de Clodio, espíritu turbulento y adulator de las muchedumbres, permitieron que llenase la ciudad de su venganza y de su rabia contra Ciceron. Hizo votar un plebiscito condenando al destierro á todo el que hubiese hecho morir á un ciudadano no condenado por el pueblo, lo cual fué una proscripción encubierta contra el orador romano. Éste lo comprendió así, y en vez de excitar la indignacion y la energía de sus amigos, demandó su piedad de puerta en puerta. Roma se hallaba en una de esas situaciones difíciles en las que cada cual piensa más en su seguridad personal que en interesarse por la desgracia ajena. La ambicion militar de Pompeyo, de César y de Craso, ligada con la anarquía popular, tenían á Roma sumida en la agitacion, en las cábalas y en los crímenes de Clodio. ¿Quién sabe si estos tres jefes del ejército, á un tiempo investidos de la

dictadura, ó aspirando á ser revestidos con ella, se regocijaban en secreto de una licencia y de una demagogia que atestiguando en Roma la insuficiencia de las leyes y la decadencia del espíritu cívico, hacía sentir más fuertemente á los ciudadanos la necesidad de un poder arbitrario y opresor! (1)

Sea de esto lo que quiera, ellos cerraron voluntariamente los ojos ante los excesos de Clodio contra Ciceron. Craso y César favorecían abiertamente al tribuno: Pompeyo mismo, que acababa de casarse en una edad muy avanzada con la bella hija de César, y que estaba enamorado hasta la adoracion de su jóven esposa, no podía declararse por aquel á quien César condenaba. Retirado en una de sus casas de campo para gozar más en paz de su tiempo y de su amor, cerró su alma á los alborotos de Roma, y Ciceron, habiendo ido á verlo para reclamar el apoyo que debía á su antigua amistad, no pudo lograr encontrarle.

El gran orador cede á su fiero destino, sucumbe una vez más y su caída precipita la caída de su patria. Toma en sus manos una estatua de Minerva, guarda y protectora de su ciudad querida, la lleva al Capitolio y la deposita allí para hacerla inviolable. Realizado esto de noche, y tomando por senderos ocultos el camino del mar de Sicilia, sale de Roma.

Clodio, luego que sabe su partida, se ensaña contra el vencido mostrando la cobardía de su alma. Ocasión tendremos de copiar algunos trozos de sus inimitables epístolas que nos den á conocer las amarguras de Ciceron en el destierro, su patriotismo y su amor á la libertad.

Hubo para Ciceron algun lenitivo á tanta amargura; pero éste fué rápido y fugaz. Las veleidades públicas son sobrado frecuentes para poderlas estrañar. Cuando Ciceron se preparaba á morir en el destierro para castigar él mismo el crimen de sus enemigos, la cobardía de sus amigos y su propio infortunio, el exceso de la tiranía popular volvía de nuevo el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y su valor haciéndose sentir la necesidad de acabar con la anarquía. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar cada dia las locuras y los excesos de la ciudad, á fin de quedar á la cabeza del populacho, *al cual no se puede complacer mas que cediendo*, comenzaba á fatigar la licencia y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder, sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de su ejército de las Galias. César, Pompeyo, el Senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron secretamente contra él para inspirar al pueblo el horror de Clodio y el perdon de Ciceron, el solo

(1) Ya lo hemos dicho ántes de ahora, y lo repetimos: no se ha escrito una biografía de Ciceron como la de Plutarco, y nadie ha traducido y glosado á Plutarco como Lamartine, razon por la cual seguimos en esta parte sus huellas, teniendo la certeza de agradar á nuestros lectores.

(1) Reflexion oportunísima de Lamartine. En nuestros dias, entre nosotros, pasan mistificaciones semejantes.

hombre que podían oponerse desde la tribuna de las arengas, á la temible perversidad del tribuno.

Restituido á su patria, no encuentra lo que esperaba; tuvo una hora de triunfo, pero siguieron á esta otras muchas de angustia y de dolor, de abandono y soledad, que el orador empleó en el ejercicio de la abogacía, en escribir en su retiro de Ancio, en componer obras, en adquirir libros raros y cuidar de la educación de sus hijos.

«Acontece, dice el mismo Ciceron refiriendo estos hechos, que era el día del nacimiento de mi hija querida, el de la fundación de Brindes, y el de la dedicación en Roma del templo de la Salvación pública... Recibo allí una carta de mi hermano, informándome de que mi destierro había sido revocado este día por el escrutinio del pueblo de toda la república. Fui acogido en Brindes por un concurso inmenso de las provincias vecinas. Salí de allí para volver á Roma rodeado de un cortejo de diputados de todas las ciudades enviados para traerme felicitaciones de toda Italia. Me acerqué hácia la capital á través de esta hilera de ciudadanos, sin que faltase uno solo de los hombres conocidos en la república por los *nomenclatores*. Cuando me aproximé á la puerta de Roma que conduce á Campania, encontré las gradas de todos los templos inundadas por la multitud, cuya presencia, los aplausos, el alborozo, me acompañaron, renovándose, hasta el Capitolio, por medio de las calles, las plazas, el Foro y las avenidas de este mismo templo, donde la Italia entera parecía llevarme en sus brazos!...»

El Senado, los caballeros, los ciudadanos romanos estaban fuera de los muros para recibirle, y le escoltaron hasta la casa de su hermano, no pudiendo reedificar en un día la que Clodio había incendiado. ¡Triunfo espontáneo, exclama Lamartine, superior á todos los triunfos, puesto que era inspirado por el corazón solo de su patria, y que le hizo decir á él mismo que podían suponer había deseado su destierro para obtener un regreso semejante!

Los acontecimientos se precipitan; el triumvirato militar de Craso, Pompeyo y César, postrera salvación de la república, se fracciona. Craso, que había tomado el gobierno de Asia, acababa de perder sus legiones y de ser muerto en la guerra contra los Partos. Tulia, hija de César, que Pompeyo había desposado y que era el lazo de unión entre estos dos rivales, acababa de morir, llevándose á la tumba su concordia. Milon, habiendo encontrado á Clodio en el camino de su casa de campo, lo mata en lid reñida... Ciceron defendió á Milon con valentía, á pesar de las más terribles amenazas, y entre el estruendo de las armas.

Después volvió á ejercer funciones públicas, y el gobierno de la Cilicia. A su vuelta, los males, lejos de disminuir para la república, se multiplicaban y

acrecían. César y Pompeyo habían llegado á ser incompatibles: éste se sentía fatigado; aquel pujante y con bríos para todo.

Ciceron quiso reconciliarlos; la elocuencia no se ha hecho para los hombres sin corazón, como lo son, por lo común, los ambiciosos: la palabra más persuasiva del mundo fué impotente para obrar, pues, un milagro. *La suerte estaba echada* (1) una vez pasado el Rubicon, y tras el atrevimiento de César debía venir el término de la república.

Ciceron censura en semejantes momentos la resignación y apatía de Pompeyo; es halagado por César; pero éste no logra vencer su altivez y su entereza. César entra en Roma sin el auxilio de los consejos del gran orador y lo entrega todo á la violencia y al terror. Ciceron prevé su muerte después de aquel reto entre él y el acariciado por la fortuna y se decide á huir, llevando á su hija y á su hermano. César y Pompeyo resuelven por medio de las armas su larga contienda en la llanura de Farsalia.

Tras estos sucesos, que dejamos narrados con más rapidez que Plutarco y Lamartine por ser de todos conocidos, Ciceron decae ciertamente, transige al parecer con la tiranía y pide gracia por sus virtudes al vencedor. Hubo mediadores para este arreglo, que Lamartine califica de deshonesto, pero en el que Ciceron sólo es responsable de haber consentido en él.

Perdonable debilidad en un hombre que no podía vivir *sin asfixiarse* lejos de su patria y de su hija Tulia, el delirio, el ensueño más puro de su alma, y á quien acaso se debieron principalmente sus contemplaciones con el César.

Era ya sexagenario Ciceron, y de debilidad en debilidad, después de haber repudiado á su mujer Terencia; de casar con una joven, pupila suya; de perder á su hija; de separarse de su esposa por celos, se oculta, y es entonces cuando escribe sus trabajos más admirables.

Lo que hace el mayor elogio de Ciceron es que sus amigos no se atrevieran á confiarle la trama urdida para asesinar al César. Cuando supo la trágica muerte del déspota, no ocultó su alegría; le pesaba sin duda, no la amistad, si no la condescendencia del tirano.

La muerte de César no fué, como se creyó, la hora del restablecimiento de la libertad perdida; Antonio, enemigo de Ciceron, se erigió en árbitro de la república en unión de Lépido, y amenazó al orador por medio de sus sicarios. Ciceron se refugió entonces en Calabria, donde Bruto y Casio le informaron de que Roma le necesitaba y le pedía con insisten-

(1) Palabras que pronunció César al lanzar su caballo sobre las olas.

cia, y se acercó á Roma. Los ciudadanos se precipitaron á su paso como á la vuelta de su primer destierro.

La estrella de Antonio se extinguía y comenzaba á brillar la de Octavio, hijo de una sobrina del gran César y declarado por éste su sucesor en su testamento. Ciceron se unió á Octavio, y su resolución fué más útil á su causa que un ejército numeroso.

Vencido Antonio, pero rehecho despues de su derrota, penetra en Italia al frente de un ejército de cien mil hombres para disputar á Octavio el poder. Ciceron pronuncia entónces sus *Filípicas* contra Antonio, arrastra en favor de su causa al Senado y al pueblo, y miéntras, Octavio encuentra preferible dividir el imperio que jugarlo en batalla dudosa.

Cerca de Bolonia, en una isla formada por el rio Reno, se decide para siempre la suerte de la república y la de Ciceron. Este pierde el tiempo en discutir con sus amigos cuál debia ser su postrera resolución, y entre tanto se aproximan á Roma los sicarios de Antonio. Se aleja por fin de Túsculo y se encierra en su casa de Astora (1), en la playa del mar de Nápoles, donde su hermano, su sobrino, sus libertos y esclavos le deciden á partir de nuevo, en vez de esperar, como se proponia, los acontecimientos y la muerte si tal era su destino. Sale, en efecto, y en el camino, temiendo la indigencia á que puede verse expuesto en el destierro, confía á su hermano Quinto el encargo de volver á Ancio á proporcionarse dinero, mientras se encamina y se propone esperarle en su poético retiro de la costa de Gaeta. La despedida expresiva y tierna de los hermanos parece ser el presentimiento de su eterna separación.

Aquel incidente perdió al orador romano. Quinto y su hijo, no bien llegaron secretamente á Ancio para cumplir la órden de Ciceron, fueron delatados y muertos por el sólo crimen de su nombre. Presto llegaron á Gaeta tan infaustas nuevas, y Ciceron dudó si huir ó presentarse en Roma. Salió de su casa á ruegos de sus libertos y esclavos, volviendo á regresar la noche del mismo dia. Funestos augurios atemorizan á su leal servidumbre, que le ruega parta sin dilación: se arrojan á sus piés, dice Lamartine, traduciendo elegantemente á Plutarco, le hacen una dulce violencia, le fuerzan á que vuelva á montar en su litera, y le llevan por sendas apartadas y sombrías hácia la ribera, donde le aguardaba anclada una galera.

Apénas habian andado algunos pasos, cuando un peloton de soldados mandados por el centurion Herenio y el tribuno Popilio, dos de esos jefes de bandas que prestan su espada á todos los crímenes y que no tienen otro partido que el del que mejor

les paga, llegan silenciosos á los muros de su casa por el lado de tierra, y hallando cerradas las puertas, las rompen y se precipitan dentro. Uno de estos jefes, Popilio, habia sido defendido y salvado por Ciceron en una causa de parricidio... Otro traidor, hijo de un liberto de su hermano (1), hace señas á los perseguidores del sitio por donde habia escapado su patrono y segundo padre. Herenio, Popilio y los suyos se precipitan en su busca, lo alcanzan; Ciceron les economiza con su valor mucho tiempo; sale de su litera y les presenta su cuello, que Herenio siega con su espada, llevando acto seguido su cabeza á Antonio en ocasion que éste presidia la junta del pueblo para eleccion de las nuevas magistraturas.

—¡Basta de proscripciones!—esclama el tirano al ver la ensangrentada cabeza del orador romano.

Y manda que la coloquen entré sus manos en la tribuna de las arengas.

Despues de este tremendo ejemplo, Fulvia, mujer de Antonio, hizo que la llevasen la cabeza de Ciceron; la recibió en sus manos, la colocó sobre sus rodillas, la abofeteó, sacó la lengua fuera de los labios y la atravesó con una larga aguja de oro que sujetaba el cabello de las matronas romanas. Se semejaba á las Furias, de que era imágen, prolongó el suplicio más allá de la muerte para deshonor eterna de su sexo y del pueblo romano!

## II.

Ciceron se nos ofrece grande en todas las manifestaciones de su talento.

Grande como poeta, como filósofo, como escritor; grande como ciudadano, como hombre de gobierno y de acción; pero el soberbio pedestal de su fama lo constituye su mérito como orador.

Su elocuencia eclipsa sus otras dotes; su *palabra* oscurece sus demas merecimientos.

Por esto, para abarcar su grandeza basta medirla por el éxito de sus discursos; para comprenderla en toda su extensión, considerarla bajo el punto de vista de estos estudios.

«Su alma, dice Lamartine, fué por mucho tiempo el hogar del mundo, y su voz el eco del universo.»

Juicio el más conciso, pero á la vez el más expresivo que puede hacerse de la verdadera significación de la historia del orador romano.

Calor y vida de la civilización y la cultura de un gran pueblo; acento inspirado en los más puros sentimientos y las ideas más levantadas y generosas.

Ciceron es un nuevo prodigio en el curso de nuestros estudios.

Su reputación no cabe dentro de los límites estrechos de nuestro desautorizado elogio.

(1) Nosotros hemos visitado sus ruinas.

(1) Filólogo era su nombre.

Podremos admirarle, pero nos sentimos débiles é impotentes para cantar dignamente su memoria.

Su palabra, al igual que la de Demóstenes, más parece palabra de genio que palabra de hombre; y en sus labios residen, en sentir de un antiguo escritor, las divinas gracias y la diosa de la persuasión.

Ciceron, en efecto, «hermosea cuanto toca,» «engrandece el habla humana,» y «aunque se ve que aspira á los primeros puestos, su ambicion no merece censura en quien supo conquistar, en quien supo merecer el título de *Padre de su patria*» (1).

*Roma patrem patriæ Ciceronem libera dixit* (2).

La dificultad para M. Tulio estaba en colocarse á la altura de las circunstancias en que vino al mundo. Nunca el idioma latino alcanzó mayor perfeccion; nunca el pueblo se mostró en Roma tan idólatra de la elocuencia, ni jamás los acontecimientos exigieron mayores dotes para ser orador.

Ciceron no sólo responde á todas estas exigencias, sino que sabe traspasar los límites del esfuerzo humano, elevándose sobre el nivel de su siglo y de su pueblo.

Julio César escribe: «Así como el genio romano es superior á sus conquistas, la gloria de Ciceron, como orador, es superior á la que logran los más famosos generales con sus victorias.»

Después de leer sus discursos, no puede decirse cuál es mejor.

En todos y cada uno de ellos pone en práctica los sabios preceptos que consigna en sus obras retóricas.

Ya lo hemos dicho: Ciceron poseía todas las cualidades, las dotes todas que han constituido y constituirán en todos tiempos un esclarecido orador: talento, memoria, estudio, erudicion, constancia, conocimiento del idioma, de la historia y la legislación, de las costumbres, de las necesidades de sus contemporáneos; y á más de esto, esa intuicion secreta, misteriosa, de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo bueno, que es como el principal agente de los grandes hombres llamados á figurar en primera línea en los fastos de la estirpe humana.

Ciceron no se detiene jamás ante las debilidades ni las contemplaciones mundanas; aspira tan sólo á la satisfaccion de su propia conciencia.

Dinige á Pompeyo, aconseja á César, combate á Catilina; pero nunca es el odio el móvil de sus palabras, sino el amor á su patria, á la virtud y al bien.

Defendía la inocencia ó atacaba el crimen allí donde los veía; hacíalo siempre, empero, pensando y procurando la salvacion de la república.

Sus diversas actitudes, aún bajo el punto de vista de la elocuencia, han tenido que fraccionarse para ser juzgadas con acierto y debida detencion.

Ciceron, como *orador forense*, como *orador político* y como *escritor didáctico*, no puede abarcarse en conjunto; en menester contemplar por separado cada una de estas manifestaciones de su genio oratorio para apreciarlas.

Ciceron, como *poeta*, como *filósofo*, como *hombre de Estado*, como *gobernante*, no entra tan de lleno en la índole y el carácter de estos estudios.

Bajo cualquiera de los aspectos que se nos ofrece en la historia, Ciceron no merece sólo unos cuantos capítulos, es acreedor á un libro.

Sus discursos revelan el más perfecto conocimiento del arte; no del arte frío, sutil, artificioso que han supuesto algunos de sus émulos y apasionados censores, sino del arte hábilmente hermanado con la naturaleza.

Habiéndose dado á conocer después de Caton, de los Gracos, de Lelio, de Bruto, de Julio César y de Hortensio, es superior á todos ellos.

Viniendo después de la universal nombradía de Lysias, Sócrates, Esquines y Demóstenes, se muestra, no como discípulo, dice Plutarco, sino como rival de tan esclarecidos maestros; y toma de todos ellos, según el A. Andrés, la fuerza, la delicadeza, la abundancia y las cualidades que los distinguen y señalan en el concepto crítico y doctrinal.

Y no sólo hace suyos los relevantes merecimientos de sus antepasados y de sus contemporáneos, sino que más que imitacion ó traslado, llegan á convertirse en él en obras de su propio ingenio.

Ciceron no recogió, dice Quintiliano, las aguas llovedizas, sino que halló en sí mismo un manantial fecundo; manantial de agua viva que corre perpetuo y abundante durante su vida y en las múltiples y variadas manifestaciones de su elocuencia.

Dícese que habiendo consultado al oráculo de Delphos, éste le contestó:—Sigue siempre tus propias inspiraciones, en vez de la opinion de la multitud;—máxima profunda que no deben olvidar nunca los hombres honrados, sobre todo en días de lucha y perturbacion, en tiempos revolucionarios.

Llamábanle muchos el *hombre nuevo*, y no sólo como *nuevo*, sino como *único*, se nos ofrece en la historia de la elocuencia.

Sonoro y armónico; rico en períodos cadenciosos y expresiones magníficas; natural y sublime á un tiempo mismo; tipo de buen decir, según Aulo Gelio, sabe aprovechar en sus composiciones oratorias la moral, la filosofía, la historia, el derecho, la jurisprudencia, la razon y el sentimiento; el alma, la cabeza y el corazón.

Muéstrase siempre claro, metódico, lógico, artístico; sus trabajos oratorios no tienen descuidos, y

(1) Citas de Hugo Blair, de Fenelon y de Tácito.

(2) Juvenal.

lejos de ser monótonos, revelan siempre la más grata espontaneidad.

Y es que todas estas cualidades eran producto de la multiplicidad, de la variedad, de la universalidad de sus talentos y naturales disposiciones.

No hay nunca en él violencia ni fuerza; nada, en fin, que oprima, que fatigue, que canse y moleste al lector.

Se empieza una de sus oraciones y no se puede abandonar hasta su conclusion. Tal era la habilidad con que pintaba, con que describía, con que sentía y hacia sentir á sus oyentes, que éstos le seguían, le acosaban y se oponían á su paso colmándole de continuos obsequios y distinciones.

Sus mismos enemigos le aplauden y consagran páginas enteras á su elogio.

Uno de los interlocutores de la saturnales de Macrobio dice: *conviciis impenetrabilis est.*

«La florida belleza, la rica abundancia y la acentuada variedad de las oraciones de Ciceron pueden formar ciertamente las delicias de todas las edades, escribe el A. Andrés. En los *exordios*, añade, no le encuentro competidor; jamás repite en ellos unas mismas ideas, sino que siempre son diversas, deduciéndose lógica y naturalmente de la causa misma, y predisponiendo maravillosamente el camino de la oracion. Las *narraciones* son asimismo inimitables y superiores á las de los griegos. La destreza en evitar el odio, y ganarse el afecto y la benevolencia de los oyentes; la maestría en manejar los ánimos; la finura en convertir á su intento todas las cosas, y todo lo que es artificio oratorio, se encuentra como en ninguno y con notable ventaja en Ciceron. La suavidad y la delicadeza de los pensamientos; la grandeza y noble magnificencia de las expresiones, de que oportunamente se vale; las gentiles y graciosas maneras con que ridiculiza lo que quiere; la variedad y vivacidad de los colores, de que se sirve para presentar á uno odioso y á otro despreciable; el arte de excitar los afectos, sujetar los corazones y disponer á su arbitrio del ánimo de los oyentes, son prendas comunes á todos sus discursos.»

A este elogio añadir podemos el siguiente, que se asemeja mucho al de Lamartine:

«Invencion en los argumentos, encadenamiento en los hechos, elevacion de ideas, fuerza de raciocinio y armonía en las palabras, novedad y esplendor en las imágenes, convicción de espíritu patético del corazón, gracia é insinuacion en los *exordios*, fuerza y eficacia en las *peroraciones*, belleza en la *dicción*, majestad en la persona, dignidad en el *gesto*; todo lleva en pocos años al joven Ciceron al apogeo del arte y de la celebridad. Sus discursos, preparados en el silencio de sus vigiliás, anotados y escritos con calma, corregidos, escritos de nue-

vo y vueltos á corregir, comparados con los modelos de la elocuencia griega, aprendidos párrafo por párrafo, en el baño, en los jardines y en los paseos de las cercanías de Roma, recitados delante de sus amigos, sometidos á la crítica de sus émulos ó de sus maestros, pronunciados en público sobre el tono dado por diapasones apostados en la muchedumbre, enriquecidos de esas inspiraciones súbitas que aumentan la maravilla de lo imprevisto y el fuego de la improvisacion á la seguridad y á la solidez de la palabra reflexionada, eran *acontecimientos* en Roma; y revisados y publicados por el orador son aún acontecimientos para la posteridad (1).

Bruto y Cestio que lo acusan de *hinchado* y *redundante*, de *asiático*, *repetidor*, *frio en las sales*, *débil é inconstante*, hablan con pasion de escuela y han arrastrado en pos de sí multitud de espíritus sobradamente rígidos y descontentadizos.

Lo comun ha sido para censurar á Ciceron y á otros oradores que la crítica se haya fijado en trozos, en periodos de este ó el otro discurso, y obrando así no es como debe apreciarse y juzgarse la *elocuencia ciceroniana*.

Descender al exámen de discurso por discurso, de trozo por trozo, de pasaje por pasaje, no es tarea propia de un historiador, ni aún de un crítico, sino á lo sumo de un gramático. Fuera de que ni aún admitiendo ese procedimiento desmerece un punto la justa nombradía de Ciceron, ni su mérito esclarecido.

Ciceron es grande á despecho de sus émulos y sistemáticos cantores; es grande á los ojos de la humanidad entera que le ha otorgado y le otorga un puesto preeminente y le conceptúan una lumbrera de los siglos pasados, de las edades presentes y las generaciones futuras.

Sus defectos al lado de su belleza son nada.

La *falta de argumentacion para rebatir al contrario* de que le acusa Quintiliano; el *abuso de los adornos* porque le censura Plutarco; el *demasiado empeño en ser elocuente* que le encuentra Fenelon, y el *excesivo amor de sí mismo* que le atribuye Keller (2), son lunares que sólo se ven en este ó el otro sitio, pero que no siendo comunes, ni aún generales en los trabajos oratorios de Ciceron, sólo pueden estimarse por una crítica severa, implacable y sin entrañas.

En cambio de esto, leer á Ciceron sin experimentar las sensaciones que le dominan, sin sentir los afectos en que se enciende, sin verse subyugado bajo la magia y el encanto de su palabra, sin experimentar, en fin, la fuerza y el poder de su elocuen-

(1) Biografía.

(2) Keller. *Semestrium ad M. Tullium Ciceronem*, Turici, 1831.

cia, es obra imposible en quien tenga algo de entusiasmo en el alma y de ardimiento en el corazón.

Los personajes que deprime, los varones que ensalza, las causas que defiende, las resoluciones que aconseja, los vicios que combate, las virtudes que pondera, los hechos que refiere, todo toma formas visibles, formas tangibles en Cicerón.

No parece que habla ó escribe, que pinta ó relata, sino que *modela ó ejecuta* con sus manos cuanto sale de su boca y produce su brillante ingenio.

A. BRAVO Y TUDELA.

(Continuará.)

## DIVERSAS FORMACIONES CELULARES.

A la producción de los anteriores fenómenos se halla íntimamente enlazada la de otros diferentes hechos que vamos á exponer.

La diferenciación del protoplasma no queda terminada con la creación del núcleo, el nucleolo y los vacuolos. Contrariamente á ello puede, sí, decirse que la evolución de esta materia aparece como completamente indefinida: cuantos más recursos de investigación se van poseyendo, mayor es también el número de las sustancias que se descubren en las células. Entre el aspecto de las primeras que se observaron y el de algunas de las últimas que han sido halladas, se notan grandes diferencias; pero no debe dejarse de añadir que sirviendo de términos de transición se encuentran distintos productos de las más variadas apariencias. Todo ello sirve para mostrar que las creaciones celulares forman una larga cadena de sustancias, cuyos primeros eslabones conocemos, sin que se pueda adivinar siquiera, hoy por hoy, cuáles y cuántos serán los, muy probablemente, infinitos puntos de ella.

Activo como es el protoplasma, y activos como aparecen también sus derivados, se comprende perfectamente que el desarrollo y desdoblamiento de todos ellos no puede parar un solo instante, viniendo en esto la experiencia á enlazar íntimamente sus datos con las presunciones que ya llevaba la teoría.

Hemos visto antes que la membrana que nace de la sustancia fundamental se desdobra luego y se diferencia.

Hemos notado del mismo modo que dentro del núcleo nace un nucleolo, teniendo en cuenta que no puede afirmarse el que la cosa termine aquí, y si sólo el que hasta descubrir esto es hasta donde llega el actual poder de nuestros microscopios y demás recursos de observación.

Se ha expuesto ya que el líquido que empapa al protoplasma puede aglomerarse en parte en determinados puntos, arrastrando consigo en disolución

diferentes principios de aquel y constituyéndose de tal modo algunos de los principales tipos de vacuolos que hemos estudiado.

Ahora vamos á entrar en un campo todavía más limitado, tratando en él de enumerar las materias que sabemos hoy se encuentran ya en unas células ó ya en otras de entre las de tan variadas condiciones como se hallan en plantas y animales, y pudiendo adivinar el lector que esta lista estará muy lejos de ser completa, y sospechando quizás, como nosotros sospechamos, que no hay límite ni para el número ni para las condiciones de todos estos productos de derivación.

Más antes de hacer nuevas indicaciones, fijémonos por un momento en los sistemas de dinamismos que imperan en la célula.

Los cuerpos enumerados anteriormente, es decir, la membrana, el núcleo, los nucleolos y los vacuolos, son partes que han procedido de la diferenciación protoplásmica, pero que una vez constituidas representan además el papel de verdaderos órganos dotados de una cierta actividad propia que influye en el ulterior desarrollo del organismo microscópico á que pertenecen, y cambian profundamente las condiciones en que antes se encontraba la masa protoplásmica primitiva, ó más propiamente hablando, el elemento histológico en su primer estado elemental (1).

A un todo homogéneo y simétrico se ha sustituido un sistema de diversos miembros, cuyas acciones son también distintas en diferentes sentidos.

Dentro del núcleo no hay efectivamente el mismo género de energías que en la masa más ó menos esférica que le envuelve; en el interior del nucleolo se presentarán diferencias con el primero y la segunda. Si la forma ha cambiado y si en vez de una esfera se tiene un elipsoide, las presiones no serán ya idénticas en estos ó los otros sentidos. La aparición de la membrana y la creación de los vacuolos, son un doble fenómeno que alterará profundamente el sistema de las corrientes endosmóticas, creándolas á estas en primer término bajo condiciones que las harán merecer tal nombre con propiedad, y cambiando luego su dirección, su velocidad y cuantos caracteres puedan presentar. El movimiento de líquidos y gases tiene sin duda alguna lugar en el protoplasma antes de la formación de la membrana y vacuolos; pero la intensidad de tales acciones es en este momento infinitamente pequeña con relación á la que luego poseen.

(1) Recuérdese que hemos dicho ya en los preliminares, y esto es cosa que se ha de ver confirmada más adelante, que la clorofila, granos de almidón y de aleurona, vesículas istelinas, y todos los demás cuerpos que deben estudiarse en este capítulo, gozan también de estas mismas condiciones desde el momento de su aparición.

Hé aquí ya más de lo que haría indispensablemente falta para que existiesen diversos puntos sometidos á variados sistemas de dinamismos.

Pero continuemos adelante en esta misma tarea. Luégo que merced á lo anterior se engendran diferentes materias, cada una de ellas tiene que marcar su presencia por un cierto modo de obrar, é introducir así nuevos elementos de desdoblamiento. Que hay en esto plena evidencia, es cosa que no creemos deba ser indicada: que cada sustancia química ó cada objeto tiene sus propiedades distintas, y por lo tanto un modo tambien distinto de ejercer su influencia, es el hecho más comunmente admitido y mejor comprobado, tanto en la química como en los demas ramos de la ciencia.

Mas para que se comprenda mejor qué es lo que queremos expresar, fijémonos por un momento en algunas materias determinadas.

En las células embrionarias existe al principio un protoplasma casi tipo; y luégo, poco á poco, va apareciendo en algunas la *hemoglobina*, constituyéndose de este modo los primeros glóbulos sanguíneos. Cuando aquella se desarrolla, se convierte, como es bien sabido, en un verdadero vehículo del oxígeno del aire; éste se une transitoriamente á la indicada sustancia, y desde allí pasa á oxidar á los principios albuminosos; nuevas porciones de aquel gas remplazan á las que ya se han gastado, y de este modo se forman nuevas combinaciones, dejándose al mismo tiempo en libertad radiaciones térmicas.

Las células vegetales llegan á poseer en un cierto período de su existencia la materia colorante que se denomina *clorofila*. Desenvolviéndose ésta, y siendo iluminadas las primeras por el sol de un modo simultáneo, tiene lugar la disociacion del ácido carbónico. La formacion de diversos hidratos de carbono en general, y muy en particular la del almidon, y la generacion de algun otro cuerpo análogo, aumentan de este modo el catálogo de las sustancias contenidas en los antecitados elementos histológicos, al mismo tiempo que suministran materiales para el ulterior desplegamiento de las plantas.

Desde la clorofila y la hemoglobina se engendran despues numerosos derivados que modifican la vida de los organismos que las contienen.

¿Son necesarios más ejemplos?

Creemos bastará con los anteriores para que se vea claramente que la diferenciacion protoplásmica pone cada vez más elementos para su mayor extension, creando nuevos campos en que manifestarse y nuevas actitudes que la aceleren en el cumplimiento de su evolucion.

La energia del protoplasma se muestra de tal modo aquí bajo variadísimos aspectos.

Mas hagamos notar al mismo tiempo que desde

el momento en que llega ya á estos últimos productos de ella, debemos esperar el encontrarnos con algo que constituya la diferencia entre los elementos vegetales y animales de una manera aún más marcada de como tal cosa se ha mostrado ántes de ahora en el carácter de las membranas de unas y otras células de los dos reinos epitelúricos.

Esto se descubre, en efecto, fácilmente tan luégo como aquellas son comparadas.

En unas aparecen varios gránulos de materias colorantes, la *clorofila* (células vegetales); en otras se encuentra el contenido íntimamente mezclado con una sustancia de estas mismas condiciones, es decir, tambien coloreada, aunque con muy distinto matiz, la *hemoglobina* (glóbulos sanguíneos); hay unos terceros elementos que poseen diversas masas conformadas á la manera de los cristales (células con cristaloides); existen, por último, algunos otros que poseen corpúsculos cuya estructura es más ó ménos laminar, gotas brillantes al parecer de grasa, y formas algo más complicadas (células con granos de almidon, con granos de aleurona, con grasa, con diversas vesículas, con inulina, con variados cristales, etc., etc.)

Un estudio más detenido de tal cuestion, juntamente con el establecimiento de diferencias entre unos y otros elementos histológicos, nos puede llevar á dividir estas creaciones en distintas series de grupos, segun que se atienda en ellos á estas ó las otras propiedades, y se les mire bajo diferentes puntos de vista.

Tomando en cuenta la clase de células en que se hallan, podremos distinguir (1):

- 1.º Aquellas que no se manifiestan nunca sino en los animales.
- 2.º Las que se ofrecen de semejante modo exclusivamente en los vegetales.
- 3.º Las que se encuentran indistintamente en unos ú otros elementos histológicos.

En comprobacion de esto, podemos decir que lo primero es lo que acontece, por ejemplo, con la *hemoglobina*, ó sustancia albuminosa colorante de los glóbulos rojos de la sangre: que lo segundo sucede con la *clorofila*, á la cual deben su tinta verde las hojas y los demas órganos de las plantas: que lo último con las grasas, ciertas sustancias nitrogenadas, y algunos otros productos más ó ménos parecidos, comunes, segun acabamos de decir, al uno y otro reino.

(1) Esta separacion que hoy aparece como muy fundada respecto á varias materias, vendrá quizás á ser destruida con el tiempo en sus cimientos, mostrándose que no existen estos profundos abismos entre las células de uno y otro reino. Recuérdense, si no, los muy conocidos datos que hoy se poseen sobre la presencia de la clorofila en el mundo animal.



Considerando opuestamente el orden de subordinación relativa en que se encuentran aquellas materias que se hallan en una misma célula y que parecen, por lo tanto, concurrir á un mismo fin en diversos sentidos y grados de importancia, puede también dividírselas:

1.º En unas que se desdoblán luégo á su vez, que dan origen á nuevas creaciones, y que parecen ser, por lo tanto, bien definidos términos medios de la serie de evolución que lleva desde los principios albuminosos hasta aquellos que son ya arrojados de los organismos celulares.

2.º En otras que parecen no descomponerse en el interior de la célula mas que para ser arrojadas ya al exterior.

A la primera sección pertenecen la clorofila, la hemoglobina, y la mayor parte de las demás formaciones interiores, debiéndose tener en cuenta que la propiedad de diferenciación y cambio es presentada por estos distintos cuerpos en muy diverso grado de amplitud. A las segundas se hallan agregadas aquellas sustancias tales como el ácido carbónico, la materia mucilaginoso, y varias otras de función fisiológica muy parecida.

La comparación de unas y otras y su sucesiva aparición en el contenido celular comprueban al mismo tiempo lo que acabamos de decir.

En las células jóvenes no se encuentran materias algunas de éstas que no hayan pasado ya formadas desde el elemento que las engendró. En los primeros momentos de la vida de estas nuevas creaciones, disminuye siempre la proporción de tales productos transmitidos: la célula los consume para su desarrollo, y no ha sido puesta todavía su actividad propia en las condiciones de crearlos. Al cabo de algún tiempo principian á mostrarse de nuevo en ella: entónces son ya producto de la diferenciación de su protoplasma, son ya verdaderos cuerpos que deben su aparición á las modificaciones experimentadas por aquel.

Mediante tales acciones, pasa el contenido celular de aparecer como una materia homogénea á ser la reunión de una infinidad de sustancias diversas. En su virtud, también se produce esa separación de las células que desde elementos histológicos embrionarios sumamente semejantes, si es que no podemos decir idénticos, hace nacer en estas ó las otras condiciones dinámicas la célula vegetal ó la animal, y luégo, dentro de estos grupos, la célula con clorofila, la de contenido amiláceo, la adiposa, la de pepsina, ó los glóbulos sanguíneo y linfático.

Además, la creación de estas sustancias va siempre enlazada al tránsito de la célula por diversos períodos de su existencia.

Dichas épocas son también reconocibles por los demás fenómenos de distinta índole que en ellos se

realizan. Cuando una de aquellas principia á aparecer, se notan simultáneamente cambios físicos de los cuales algunos, por lo ménos, acompañan de una manera constante á tal generación. Esto es por otra parte sumamente natural, y en ello se muestran los datos de observación en perfecta concordancia con lo que la teoría podría exigir. Si una sustancia nueva es creada, se deberá tal cosa á la reunión del conjunto de dinamismos que pueden darla origen; pero hemos dicho ya que tales sistemas de fuerzas son sólo la expresión exterior del nuevo estado por que pasa un sér, y á dicho estado corresponden también nuevas y distintas determinaciones en las demás modalidades dinámicas que á nosotros nos es dable conocer y comparar.

Hé aquí en comprobación algunos de los principales datos que sobre esto se poseen.

La *hemoglobina* se desarrolla siempre, conforme hemos dicho en anteriores trabajos, cuando principian á deformarse las células embrionarias de los vertebrados. En las del hombre y los mamíferos se ofrecen simultáneamente el cambio de coloración, el alejamiento de la forma esférica, y el empequeñecimiento de los nucleolos, seguida de su ulterior destrucción. En las de las aves, reptiles y peces, aparecen las tintas amarillentas, y se deprimen los glóbulos de una manera coetánea. Las alteraciones de una y otra concuerdan en la confirmación del anterior principio.

La *clorofila* se presenta constantemente inyectando á unas masas protoplásmicas especiales que se han denominado *cuerpos clorofilianos*. Dichos cuerpos, que merecen una mención especial, son en primer término verdaderas separaciones del protoplasma. En determinados momentos que preceden á la formación de la susodicha sustancia colorante, se agrupan alrededor de ciertos puntos unas esferas pequeñas de sustancia fundamental; creadas aquellas, crecen y se desarrollan; al mismo tiempo que esto sucede adquieren un color verde cada vez más subido. En esto consiste la generación de los llamados *cuerpos clorofilianos* y *clorofila*, siendo los anteriores los primeros caracteres que reunidos poseen.

En los *granos de fécula* sucede lo mismo que se ha indicado ya acerca de los anteriores. No hay producción de almidón en tanto que no hay clorofila; los indicados corpúsculos amiláceos aparecen constantemente bajo una forma determinada, que varía de una á otra especie vegetal, aunque presentando en todas ellas ciertos rasgos de semejanza. El almidón no se constituye nunca en inmediato contacto del jugo de los vacuolos. La fécula principia á desaparecer, y concluye por hacerlo totalmente, tan luégo como la planta permanece sumida durante algún tiempo en la oscuridad.

Iguales comprobaciones pueden también hacerse respecto de los *cristaloides* y los *granos de aleurona*. Después nos ocuparemos en particular y de una manera más detallada de los caracteres, generaciones, desarrollo, forma y naturaleza que posee cada una de estas importantes formaciones.

Pero hay además otro hecho que debe dejarse consignado en primer término en este estudio general que venimos haciendo.

Durante algún tiempo ha parecido estar imperando un cierto sentido que podríamos llamar exterior, y, sin darse apenas clara cuenta de lo que quería admitirse, parecía sin embargo que se juzgaba á todos estos productos como independientes unos de otros y como viniendo á constituir, por sus dobles y múltiples asociaciones, muy variados compuestos en los que siempre podía decirse que se hallaban contenidos los primeros.

Así se juzgaba, por ejemplo, que la clorofila consistía en una mezcla de dos sustancias; creyéndose que la primera era un principio colorante azul al que se denominaba *cianofila* y la otra una materia tintórea amarilla que recibía el nombre de *xantofila*.

Respecto de los demás cuerpos, creemos casi excusado hacer idénticas afirmaciones, porque hoy mismo se ignoran las relaciones que los enlazan.

Los nuevos estudios de *Pringsheim* han venido á cambiar radicalmente este sentido, por lo ménos en lo que se relaciona con la clorofila, y ha abierto un extenso y nuevo campo, permitiéndonos ir considerando esta cuestión de una manera cada vez más orgánica y sistemática.

Dicho naturalista ha comprobado:

1.º Que todas estas sustancias presentan en su espectro las mismas siete bandas que tiene el de la clorofila.

2.º Que la diferencia de unos espectros á otros consiste en que en tanto que en los unos están muy marcadas algunas de estas fajas de absorción, aparecen éstas de un modo muy vago en los demás, siendo distintas las que en ellos sobresalen.

3.º Que los más delicados análisis no han podido descubrir nunca la presencia de clorofila normal mezclada á las anteriores materias.

De todo ello se deduce, muy fundadamente, según puede comprenderse, que tales sustancias son simples derivados de la primera, y no principios nuevos creados de una manera independiente y mezclados después á ella para dar lugar á diferentes composiciones.

El descubrimiento por Millardet de la *solanorubina* en las células de los tomates ha venido á aumentar al mismo tiempo el número de estos productos de transformación de la materia colorante más generalmente esparcida que se encuentra en los vegetales. La serie que forman todas estas sus-

tancias aumenta también cada día en extensión é importancia, no pudiéndose decir hoy cuáles serán sus verdaderos límites.

De lo anterior podremos ya deducir que los principios derivados del protoplasma conservan, por lo ménos en parte, la actividad de desplegamiento que anima á éste, constituyéndose en una fuente de nuevas generaciones que reproduce en pequeño la imagen de lo que es aquél.

No ya la membrana, el núcleo y el nucleolo; y no ya tampoco los mismos cuerpos clorofilianos, sino hasta el último producto de derivación se dobla, se diferencia, da origen á nuevas sustancias, y está sometido á un continuo movimiento de transformación y evolución. La energía celular se muestra así hasta en sus más pequeñas y aparentemente insignificantes creaciones, y da origen á la variedad más rica que puede contemplarse. En el centro de aquel organismo de tan reducido volumen es donde reside la virtualidad para elaborar los múltiples productos cuya procedencia desconocemos cuando son extraídos en masa de un cuerpo cualquiera.

Este es el resultado que, dado nuestro objeto y el fin de este escrito, debíamos hacer constar en este capítulo.

Sin embargo, para terminar esta parte, daremos á continuación los más culminantes caracteres de aquellas materias que principalmente se encuentran en las células de uno y otro reino, empezando por las que desempeñan las funciones que nos son mejor conocidas.

**SUSTANCIAS PROPIAS DE LA CÉLULA ANIMAL.—HEMOGLOBINA.** La hemoglobina es, según sabemos, la materia colorante de la sangre.

Dicho cuerpo se presenta, en general, bajo dos condiciones diversas. Hay hemoglobina que no puede afectar formas geométricas definidas; ó dicho de otra manera, que es incristalizable: existe también este cuerpo bajo el aspecto de tetraedros, de prismas y de otras formas semejantes.

Muchas de las propiedades de la hemoglobina varían según se las extraiga de unas sangres ú otras.

La solubilidad es grande cuando procede del cerdo ó buey: bastante menor en la obtenida de los líquidos nutricios del hombre, caballo, perro y gato: sumamente pequeña en la derivada del conejo de Indias. Su composición química oscila de igual modo, aunque dentro de límites no muy separados: así se observa, por ejemplo, que el carbono, nitrógeno y azufre predominan en la sangre de ganso, existiendo en ella además el ácido fosfórico; y que falta éste en la de perro, siendo mayor en ella la proporción de hidrógeno y oxígeno.

Respecto á sus formas cristalinas es todavía más grande la existencia de desemejanzas.

Estudiando la hemoglobina del hombre, del gato, de la ardilla, del castor y del caballo, se tendrán ante la vista prismas de cuatro caras, delgadas tablas romboidales, tetraedros no regulares, paralelepípedos oblicuos y otras muchas representaciones de los diversos sistemas y de diferentes derivaciones dentro de cada uno de estos. Tales cristales son siempre además birefringentes y dicróicos.

Mas juntamente con estas propiedades se presentan otras que son comunes á la de los distintos orígenes.

La hemoglobina se halla siempre constituida por otros dos cuerpos de caracteres opuestos. Sometida á la acción de los ácidos ó de los álcalis cáusticos en exceso, se dobla en una materia rojo-parda por reflexión y verde por transparencia, susceptible de cristalizar, que ha recibido el nombre de *hematina*, y otra sustancia de naturaleza albuminosa que se aproxima mucho á la globulina de Denis, presentando casi todas ó todas sus propiedades. Con el primer cuerpo se separa integralmente todo el hierro que existía en la hemoglobina.

Cuando el termómetro marca quince ó más grados, se suele producir espontáneamente el anterior desdoblamiento: cuando la temperatura es de 0°, presentan las disoluciones gran resistencia á esto, pudiéndose conservar inalterables á veces durante largos períodos de tiempo.

La hemoglobina es precipitada por el cloro, los ácidos acético y minerales, el nitrato de mercurio y el ferrocianuro potásico.

Tal sustancia es destruida por los álcalis cáusticos en exceso y los ácidos enérgicos.

Estas son las principales propiedades de la hemoglobina (1).

**VESÍCULAS DEL VITELLUS.**—Las vesículas del *vitellus* constan, en general, de las tres partes siguientes:

1.ª De una membrana sumamente ténue cuya naturaleza es protéica.

2.ª De un contenido fundamental que consiste en albúmina líquida.

3.ª De una cierta cantidad de grasa rodeada en muchos de sus puntos por la segunda y adherida á la primera.

Este último cuerpo puede faltar á veces: los otros dos existen necesariamente siempre.

**CRISTALES.**—Los cristales que se encuentran en las células animales son de naturaleza muy variada.

Las materias protéicas, las grasas, ciertos derivados de la sangre, como la hematoidina y las mate-

(1) Tratamos aquí ligeramente este asunto por haberle dado ya mayor extensión en el *Estudio físico del glóbulo sanguíneo*.

rias colorantes de la bilis, son los distintos cuerpos que pueden afectar estas formas, presentándose ya en unos ó ya en otros elementos histológicos. La frecuencia de su presentación varía también entre estos últimos; mas en términos generales puede decirse que nunca es grande aquella en los corpúsculos del reino zoológico.

Hé aquí algunos de los principales sitios en que pueden estudiarse tales formaciones:

1.º Las agujas de grasa se hallan en las células adiposas de los cadáveres humanos y en cuerpos vivos, en otros elementos histológicos de la misma índole de diferentes animales.

2.º Las concreciones cristalinas de la bilis se encuentran dentro de las células hepáticas durante ciertas enfermedades del hígado.

3.º Los cristales de hemoglobina han sido hallados por Kölliker en el interior de algunos glóbulos sanguíneos del perro, de varios peces, y de un ofidio, y los cristales amarillos, dispuestos del mismo modo en el interior de los corpúsculos del bazo de la especie *Perea fluciátilis*.

4.º Los cristales de sustancia albuminosa son los que constituyen las láminas vitelinas de los huevos de anfibios y peces.

De lo anterior deduciremos al mismo tiempo que los cristales que se encuentran en el hombre no existen en las condiciones normales de éste.

Nótese también en ello, siquiera sea de paso, que tales formas se hallan en las células que encierran provisiones nutritivas. En el mundo vegetal haremos más detenidamente una observación semejante.

**OTRAS DIVERSAS FORMACIONES.**—En las células animales se encuentran además otra serie de formaciones, que no pueden ser estudiadas en este punto de una manera detallada, pero que deben sí ser enumeradas por su rica variedad, que está anunciando lo extenso de la diferenciación celular.

Las principales de éstas son:

1.º Los depósitos de *chitina* que se hallan en el interior de las células cutáneas de los insectos.

2.º Las granulaciones pigmentarias que se desarrollan en el ojo.

3.º Las variadisimas vesículas, elementales ó no, y de varias formas, volúmenes y condiciones.

4.º Las concreciones calcáreas de algunas células de los moluscos.

5.º Las granulaciones de clorofila de la hidra y de algunos protozoarios, granulaciones interesantísimas bajo el punto de vista de lo que aproximan las células de estos seres á las células de los vegetales.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI,

Profesor del Instituto de Ciudad-Real.

(Continuará.)

## EL OJO, EL DIENTE Y EL CABELLO.

APUNTES COGIDOS AL VUELO.

## I.

María...—me conviene llamarla así, porque éste es un nombre á la vez vulgar y bello—María habia vuelto del baile, y arrojaba sobre su tocador, sobre las sillas, sobre la alfombra, sobre todas partes, adornos, flores, brillantes, lazos, cintas, guantes, pañuelo, todo, en fin, lo que la habia transfigurado para ir á escuchar elogios y galanterías... ¡que no habia oido!

Y María se miraba en el ancho espejo de su armario, ¡y se detestaba!

¡Ella, que en otros tiempos habia sido la reina de los salones!

¡Ella, que habia trastornado las cabezas más firmes de España!

¡Ella, que habia tenido el inmenso placer de derrotar á casi todas sus amigas!

Pero ¡ah! tambien Napoleon tuvo su Waterlloo. «Todo pasa», decia Santa Teresa de Jesus, santa y sabia. ¡Todo pasa! Sólo Dios es eterno.

María volvía de un baile que todavía no se habia acabado. Y esta ex-hermosura, habia perdonado con gusto el *cotillon*, porque...

Da pena decirlo. Aquella noche no le habian dicho flores.

Si una madre pudiera sentir tener hijos, María hubiera sentido aquella noche con toda su alma haber dado á luz á su último vástago, un hermosísimo *rejeton* que en aquella misma noche cumplía cuatro meses.

¡Ay! Es que en aquellos cuatro meses, María, que (y permítame el lector que lo diga en voz muy baja, porque esto es peligroso), María, que tenía ya treinta y nueve años, habia sufrido en el sobrepardo (palabra *cursi*, ordinaria, repugnante y de malísimo tono) todo género de dolores y toda clase de quebrantos.

Pero venció. La naturaleza era fuerte, la voluntad poderosa, la impaciencia grande...

Y acabada la convalecencia, María ¡oh dicha! recibió una tarjeta grande, carton Bristol, en la que se leían estas palabras:

## LOS MARQUESES DE \*\*\*

AGRADECERÁN Á USTED LES ACOMPAÑE Á TOMAR EL TE

EN LA NOCHE DEL JUEVES Á LAS NUEVE.

El thé era el pretexto para el baile. El thé lo cubre todo, lo acepta todo, lo arrastra todo. El thé es el procurador general de todas las diversiones nocturnas. ¡Oh thé! ¡Yo te saludo! ¡*Saludamus te!*

María sabia muy bien (esto no se ignora) que su último... *accouchement* (y lo digo en frances porque parezca más bonito) la habia *estropeado*, segun decian sus amigas á espaldas de ella, ó la habia variado un poco, segun ella decia.

Pero el arte ha logrado imitar de tal manera á la naturaleza, que María sonrió al leer la invitacion, y pensó (lo sé de buena tinta):

—¡Esta noche volveré á ser la misma de siempre!

Cuatro horas duró la *toilette* de mi querida amiga. Acabó de comer á las ocho; se precipitó en su tocador como el soldado que al oír el punto de atencion se precipita en la tienda y busca apresuradamente sus armas para salir á formar sin perder momento... Eran las doce cuando salía, hermosa, deslumbradora, *splendide*, digna del primer premio en la exposicion de pinturas.

Su marido... ¿no habiamos hablado de su marido? Su marido habia venido de la oficina á las cinco; habia jugado con sus chicos por los pasillos de la casa hasta las seis y media; se habia sentado á comer á las siete; habia tomado el café á las ocho, y estuvo vestido á las nueve.

Su pantalon era un poco corto; el frac estaba arrugado por una manga; la pechera llena de jorobas; el cuello un si es no es desfilachado, y la corbata blanca huyendo hácia la izquierda; pero la verdad es que aquel hombre se habia vestido de prisa, y tenía ya los guantes puestos, que eran, por cierto, un poco grandes. No tuvo ni que peinarse, porque era calvo á todo lujo.

Esperaba, y esperaba sentado. Sentado en un divan, puesta una pierna sobre la otra, las dos manos cruzadas abrazando la pierna de encima, y la cabeza caída atrás y recostada sobre el almohadon del respaldo, el marido miraba al techo y pensaba:

—¿A qué hora pensará ésta salir?

Salió por fin la encantadora mujer, y el marido... no, se ha equivocado usted; ¿creia usted que se quedó aterrado, confundido ante aquellos hombros desnudos que no tuvo Friné, ante aquella espalda mórbida que no tuvo Lais, ante aquellos brazos que Ninon hubiera envidiado de seguro? ¿Creia usted que dijo el primer elogio de todos los que aquella noche debia oír María?

¡No! Yo soy imparcial; no dijo más que estas palabras:

—¡Gracias á Dios! ¡Vamos, anda, anda!

Y los criados que iban abriendo puertas, por las que María iba pasando como una sombra, como una aparicion de la noche, dejando oír el *frou-frou* del crujiente raso, mientras el marido metía á duras penas los brazos por las mangas de un gaban peludo, murmuraban con cierto acento de amargura:

—¡Qué ajada está la señorita!

—¡Qué variada está!

—¡Cómo se ha pintado!

Eran las doce. A las dos ya el matrimonio estaba de vuelta. El marido se desnudó en cinco minutos; se ató un pañuelo de seda á la cabeza, y así, vestido de valenciano, se metió en la cama y se quedó dormido. ¡Roncaba! ¡Ah, señor mio!

María, ya os lo he dicho, arrojó con rabia todos aquellos preciosos adornos, se miró al espejo, se sentó en la butaca, pasó una hora mirando al suelo... ¡y lloró!

Y era un extraño concierto, una música del porvenir, pero de un porvenir fatal, la que formaban entremezclados los sollozos y los ronquidos.

Por fin, María se rindió al sueño. Se acostó y durmió. El sueño es un amigo. Consuela muchas penas.

## II.

Pero aunque dormía... no dormía del todo. Mejor dicho; había en ella algo que no dormía... es... quiero decir... lo diré de otro modo. ¿Por qué he de renunciar á mi papel de cronista? Con referir lisa y llanamente lo que pasó, saldré airoso del paso.

En aquella cabeza que, hundida en la almohada, descansaba de los recuerdos nefandos de la *soirée*, mantenían conversacion *sotto voce* un diente temblon, un ojo entornado y un cabello inseguro.

Era una escena que, en mi calidad de autor dramático, voy á trasladar al papel en la misma estructura de las comedias.

Así, pues, oigamos á los interlocutores. Ellos hablarán con más sinceridad que yo mismo.

EL OJO.

Mientras María pretende descansar de las fatigas del baile, y sueña ¡infeliz! con su primer desengaño inesperado, lloremos sus penas, ¡ay! y las nuestras. ¡Pobre María!

EL DIENTE.

¡Pobrecilla!

EL CABELLO.

¡Pobre!

EL OJO.

María es una de las primeras bellezas de Madrid, ¡donde hay tantas! Los hombres le rinden culto, las mujeres envidian sus atractivos; fuerza es reconocer en ella una de las favoritas de la moda, y uno de los prodigios más célebres de su generacion.

EL DIENTE.

¿De qué generacion?

EL OJO.

¡Silencio! Vedla cómo se agita.

EL CABELLO.

Ha hecho un movimiento y ha lanzado un suspiro. ¡Sufrir! Sufrirá desde hoy constantemente, y yo sé por qué: yo estoy en el secreto.

EL DIENTE.

Y yo.

EL OJO.

¡Anch' io!

EL CABELLO.

¡Desde hoy observará que en los jarrones de su tocador no aparecerán aquellos preciosos *bouquets* que una mano furtiva depositaba, haciendo reír al marido, á quien le era tan fácil creer que los compraba la cocinera!

EL DIENTE.

¡Desde hoy observará que sus amigos, en lugar de venir á verla en los días de trabajo para los empleados públicos, vendrán en domingo, sin temor ninguno de hallar al marido en la casa!

EL OJO.

¡Desde hoy observará que *los muchachos* en lugar de ser galantes, no serán más que cortesés!

EL DIENTE.

Y yo tengo la culpa.

EL OJO.

No, ¡yo!

EL CABELLO.

¡Oh, no! La culpa es mia.

EL OJO.

Es que yo me he puesto encarnado.

EL DIENTE.

Es que yo me he puesto amarillo.

EL CABELLO.

¡Ay! y yo... blanco!

EL OJO.

¡Sol! ¡Lucero! ¡Brillante! Todo esto era yo ayer. ¡Cuántos versos me han hecho! ¡Cuántas flores me han dicho! ¡Yo deslumbraba, yo fascinaba, yo enloquecía! Un ángel, segun la opinion de un poeta, venía á cerrar mis pupilas por la noche; un ángel venía á entreabrir las por la mañana.

EL DIENTE.

¡Perla! ¡Marfil! ¡Nácar! Todo esto me han llamado á mí, á mí solo, ¡y éramos treinta y dos iguales! ¿Qué no habrán dicho de todos nosotros juntos?

EL CABELLO.

Lluvia de oro era yo, segun los aduladores de esta señora mia; ¡seda finisima, diadema esplendorosa, ya cabellera, ya bucle, ya rizo!

EL OJO.

Pero ahora, ya he oido decir que tengo la *pata de gallo*.

EL DIENTE.

Yo tiemblo á mi pesar de que me sustituyan con otro nuevo.

EL CABELLO.

¡Yo estoy embadurnado, desfigurado, teñido! ¡Qué asco! Hasta de sexo he cambiado. ¡Fui cabello y soy cana! Me han asociado á pelos advenedizos, de persona muerta, sin duda! ¡Reniego, amén, de mis vecinos postizos!

EL OJO.

¡Reniego yo de la horquilla candente impregnada de negro, con la que me alargan todas las noches ántes de ir al teatro!

EL DIENTE.

¡Reniego de Makean, de Thomas y del agua de Pierre!

EL OJO.

Estoy humillado. ¡Ya sé cómo se llora!

EL DIENTE.

¡Estoy picado! ¡La cáries me consume!

EL CABELLO.

¡Quitadme esas aguas, esos elixires, esos corrosivos! ¡Antes que ver declinar así mi vida miserable, yo hubiera preferido formar parte de aquel mechon que María le regaló al coronel que partió para Cuba! ¡Ahora estaría yo encerrado en un medallon de oro; viviría al calor del pecho del amante... recibiría tal vez sus besos!... ¡Pero aquí! Aquí me arrancarán de un tiron una noche y me barrerán una mañana!

EL OJO.

Mi porvenir es mirar al suelo.

EL DIENTE.

¡Presiento el *caoutchouc*, veo la llave inglesa!

EL OJO.

¡Hablad, hombres, hablad! ¿Estais contentos? Ayer os arrojabais á los piés de María, sufriais sus desdenes, padeciais de celos, moriais de sed... nosotros fuimos sus cómplices, ¡pero hoy somos vuestros vengadores!

EL CABELLO.

¡Venid, mujeres! ¿No la envidiabais? ¿No os irritaba su belleza siempre igual, siempre atractiva? ¡Venid aquí, á la soledad de la alcoba, y vedme que ya estoy casi solo en la calva cabeza!

EL DIENTE.

La ex-diosa se agita de nuevo. Va á despertarse.

EL CABELLO.

Ha pensado tanto esta noche, que mi raíz se seca.

EL OJO.

Lloré tanto al volver, que estoy desfigurado.

EL DIENTE.

Ha rechinado los dientes y me he resentido.

LOS TRES.

¡Se despierta! ¡Cuán otra!

EL OJO.

Yo me apago. ¡Adios, María!

EL DIENTE.

Yo tiemblo. ¡Adios, desdichada!

EL CABELLO.

Yo me caigo. ¡Adios, oh belleza!

EUSEBIO BLASCO.

## EL AGUA.

I.

No es posible desconocer la importancia que ofrece el estudio del agua, bajo diferentes aspectos examinada. El químico, el médico, el ingeniero, el farmacéutico, el mineralogista, han menester su conocimiento exacto, y la estudian de una manera detallada, cuyo conocimiento pudiera formar extensa biblioteca, pues se halla íntimamente relacionado con las principales cuestiones que se agitan dentro del extenso campo de cada una de las diferentes ciencias indicadas; pero el higienista utiliza en un grado mayor, si cabe, los conocimientos que á este cuerpo se refieren.

Constituye la mayoría de nuestro globo, y es, como el aire, indispensable para la vida. Desde la gota que desciende de la nube en forma de lluvia, hasta el inmenso Océano, que hoy casi domina la ciencia del hombre, toda el agua está incesantemente vivificando cuanto alcanza. El humilde arroyo, la cristalina fuente, la cascada que se precipita en el fondo de una sima, el abandonado manantial, el caudaloso rio, la nieve que blanquea las montañas, el rocío que esmalta las hojas del árbol, todo es maravillosamente recogido y beneficiado para la vida.

Para los antiguos filósofos griegos era el agua un elemento, de igual modo que el aire; pero los ilustres químicos Cavendish y Lavoisier demostraron que estaba compuesta de dos cuerpos gaseosos combinados, que son el oxígeno y el hidrógeno, en la proporción de dos volúmenes de este último y uno del primero. Lavoisier y Laplace, quemando gas hidrógeno, formaron agua, que recogieron cuidadosamente, obteniendo poco más de media onza, cuyo líquido fué la vez primera que se obtuvo por medio de la síntesis. Pero la química analítica ha demostrado con una exactitud matemática la composición del agua. La electricidad ha sido uno de los medios que se han utilizado para resolver el problema. Sabido es que el agua se descompone por medio del indicado agente: así es que, disponiendo un aparato de modo que se halle una masa de agua en comunicación con una pila eléctrica y dos tubos para recoger los gases producidos, se observa el desprendimiento de dos gases que el volumen del uno es doble del otro. Examinados estos gases, se ve que aquel cuyo volumen es mayor tiene la propiedad de inflamarse, y el otro de avivar de un modo extraordinario los cuerpos en combustion. El primero es el gas hidrógeno, el último el oxígeno.

Es asimismo un buen medio de practicar el análisis del agua, hacer pasar una corriente de vapor

acuoso por un tubo de porcelana que contenga en su interior fragmentos de hierro calentados hasta el rojo sombra. Este metal se apodera de uno de los componentes del agua (el oxígeno), y deja en libertad el hidrógeno. Separados por este medio ambos gases, se consigue perfectamente practicar el análisis del agua de un modo exacto. También se alcanza el mismo resultado por medio de algunos metales que á la temperatura ordinaria ya descomponen el agua apoderándose del gas oxígeno y dejando también libre el hidrógeno. Estos metales son el potasio y el sodio.

Los anteriores trabajos han dado por resultado que se halla el agua compuesta en cien partes, de 89 de oxígeno y 11 de hidrógeno (en peso), sin apreciar pequeñas fracciones decimales.

## II.

Con profusion se encuentra el agua diseminada en la Naturaleza, cuya abundancia está en razon directa con las grandes necesidades que ha de satisfacer. Se presenta en cinco estados, que son: el líquido, sólido, gaseoso, vesicular y esferoidal, cuyas propiedades, sintéticamente consideradas, son las siguientes:

Líquida é incolora en pequeñas masas, es de un color verde azulado cuando se examina en conjunto. Su densidad mayor es á la temperatura de cuatro grados del termómetro centígrado, y es el cuerpo que se toma como unidad de comparacion con las densidades de todos los demas. La temperatura á que hierve al nivel del mar es la de cien grados centígrados. Es el agua un cuerpo mal conductor del calórico, y aunque adquiere pronto elevada temperatura, cuando una masa de agua se calienta por la parte inferior, es debido á que la diferente densidad que adquieren las diversas capas de agua por efecto de la temperatura, da lugar á una incesante renovacion, y de aquí que se caliente pronto el agua que á la accion del calor se expone. Por eso, si se aplica el calor por la parte superior, tarda en comunicarse la temperatura mucho tiempo al resto de la masa.

Es el agua el disolvente general. Por eso es tan necesaria para la vida. Bajo el punto de vista industrial y científicamente considerada, es también importantísima. Sin agua no crece la planta que nos sirve de alimento y apoyo; sin agua no se concibe la locomotora que anula las distancias, ni la multitud de industrias que son portento de la civilizacion y cultura. La química estudia en el agua un sinnúmero de propiedades, relativas á su accion sobre diferentes cuerpos; hay algunos metales que su contacto solo con el agua á la temperatura ordinaria es suficiente para descomponerla, así como hay otros que necesitan temperaturas elevadísimas para veri-

ficar la descomposicion, y otros, por último, no la descomponen á temperatura alguna. Hay sustancias que se disuelven en el agua sin alterarse en su composicion, que son la mayoría, y hay otras sobre las que ejerce accion descomponente, como sucede con algunas sales.

Sabido es que el agua afecta el estado sólido cuando su temperatura desciende á un limite dado, que se ha convenido en llamar cero, y en este estado constituye el hielo, la nieve, la escarcha y el granizo. El volúmen del agua es mayor en el estado sólido que en el líquido, y su densidad menor, por cuya razon se ven flotar los fragmentos de hielo en la superficie de las aguas, así como el aumento de volúmen nos explica la ruptura de las vasijas en que se halla contenida el agua, cuando los intensos frios la congelan.

La nieve procede de la congelacion del agua existente en las nubes, y está constituida por diminutos cristales ramificados y agrupados en forma de estrellas, tanto mejor formadas, cuanto más serena ha estado la atmósfera en cuyo seno han tenido lugar.

El granizo es un conjunto de glóbulos de hielo que se desprenden de la atmósfera, sobre todo en primavera y estío y en las horas más calurosas del día, no siendo frecuente que tenga lugar durante la noche. Todavía la ciencia no ha explicado de un modo satisfactorio la formacion del granizo, pues que la teoría de Volta no responde perfectamente á las exigencias de una demostracion clara y que no deje lugar á duda alguna.

El agua en estado vesicular forma las nubes, cuyo estado es intermedio entre el líquido y el de vapor, y se hallan constituidas por un conjunto de pequeñas gotas, ocupando las altas regiones de la atmósfera. Reciben nombres diferentes, que son: cirrus, cúmulus, stratus y nimbus, en los cuales están comprendidos desde la nubecilla blanquecina que apenas sombrea el horizonte, hasta los negros y extensos nubarrones que producen la copiosa lluvia ó la turbonada tempestuosa.

También existe el agua en estado de vapor, del que se han hecho tantas aplicaciones, y en estado esferoidal, cuya importancia ha sido tan realzada por los notabilísimos trabajos de Boutigny.

## III.

Para los usos de la química hay precision de emplear el agua en un estado absoluto de pureza, libre de la multitud de sustancias que la acompañan, según el sitio en que se examine. El agua que debe emplearse con el objeto indicado es la destilada, que ya Tachenius, químico del siglo XVII, fué el primero que llamó la atencion acerca de la diferencia entre el agua destilada y el agua comun.

El agua destilada es el resultado de la evaporación de este líquido en aparato adecuado para recoger los vapores después de condensados. No debe dar ningún precipitado con el cloruro bórico, nitrato argéntico, oxalato amónico, hidrógeno sulfurado, acetato plúmbico, permanganato potásico y cloruro de oro. La espuma producida con una disolución alcohólica de jabón, debe ser permanente; la materia colorante roja del leño de campeche, ó sea la hematoxilina, no debe alterarse en su coloración, y una gota del agua destilada en una lámina de platino, sometida á la evaporación, no debe dejar residuo alguno.

Las aguas denominadas potables, ó lo que es lo mismo, que pueden servir como bebida, sólo ligeros indicios de precipitado deben manifestar con los anteriores reactivos; pero sobre todo, el medio vulgarísimo, pero exacto, de apreciar la potabilidad de una agua, consiste en ver si disuelve bien el jabón y puede efectuar la cocción indispensable de las legumbres.

Boutron y Boudet han dado á conocer un método para determinar la cualidad de las aguas y apreciar cuantitativamente algunos de los cuerpos que existen disueltos en ellas. Es un método de sencillísima y fácil ejecución, al cual han dado sus autores el nombre de hidrotimetría. Está fundado en la propiedad que tiene el agua de formar espuma con el jabón cuando es pura, lo cual no tiene lugar cuando tiene sales cálcicas ó magnésicas en disolución. Comparativamente examinadas las aguas, se observa que su pureza se halla en razón inversa de la cantidad de una disolución alcohólica jabonosa de antemano preparada, que hay necesidad de invertir para que se forme espuma permanente.

Este procedimiento es sumamente útil en ocasiones dadas, por la facilidad con que se practica, y un viajero que se halla en medio de despoblado con un manantial, sale pronto de dudas respecto á la aptitud de aquel agua para servir de bebida, con solo someterla á este ligero ensayo; pues no hay nada más imprudente que beber sin previo exámen agua en cualquier manantial que se encuentre.

Las aguas naturales pueden ser de lluvia, de fuente, de río, de pozo y de mar. La de lluvia es, sin duda alguna; la más pura de todas, pues es una agua destilada en la atmósfera. Puede servir perfectamente como bebida, y hay alguna población que sólo posee para este consumo el agua que la lluvia produce, convenientemente recogida y conservada en depósitos adecuados. El agua de fuente es el resultado de filtraciones que en un punto dado tienen lugar, para brotar en forma de manantial en el fondo de un valle, en la falda de una montaña ó en otro determinado sitio donde las grietas ó aberturas del terreno permitan que permanezca oculta

una masa más ó menos considerable de líquido. La calidad del agua de fuente se halla en inmediata relación con la naturaleza del terreno; así es que donde se trate de un terreno arenoso, será un agua mucho más pura que en una tierra yesosa, ó próxima á minas de sal ú otras sustancias, en cuyos casos el agua participará de las propiedades inherentes al terreno en que brota el manantial.

Análogas consideraciones pueden hacerse respecto á las aguas de los ríos; pero estas aguas corrientes tienen también gran importancia en las enfermedades de un país dado, porque trasportan á grandes distancias los miasmas epidémicos; al paso que en otras ocasiones son muy favorables á la salud, porque mantienen la frescura, favorecen la vegetación, estimulan el cultivo, y llevan en pos de sí grandes elementos de riqueza, de salud y bienestar. Por eso se establecen las poblaciones en las márgenes de los ríos, contando siempre con sus aguas como elemento indispensable de la vida de un pueblo, porque sin agua no hay vegetación, ni industria, ni posibilidad de subsistencia. Los inconvenientes que ofrecen las grandes corrientes de agua son los desbordamientos é inundaciones, y las fiebres que se originan después á consecuencia de los pantanos ó charcas procedentes de la retirada de las aguas. Para evitarlos, es preciso procurar la pronta desecación de los terrenos inundados, quemar los detritus orgánicos ó emplearlos como abono, y diferir la vivienda en las habitaciones hasta su perfecto saneamiento y desecación.

De igual modo también hay que tener precauciones con las aguas que reciben en su corriente los productos de sumideros ó alcantarillas, pues los miasmas desprendidos en sus emanaciones son perjudicialísimos á la salud.

Los tubos que se emplean en la conducción de las aguas á las poblaciones pueden ser de hierro colado, plomo, zinc, madera ó barro. Los primeros son, á no dudarlo, los preferibles, pues los inconvenientes que presentan ofrecen menos importancia que los de otras sustancias.

El agua se distribuye dirigiéndola á la vía pública ó á domicilio. En el primer caso, por medio de fuentes, y en el segundo, por aparatos especiales: en ambos casos deben tenerse las precauciones que la ciencia aconseja, para sin pérdida de líquido evitar los perjuicios que acarrea á la salud pública la inconveniente distribución del agua.

El agua del mar es la que existe en mayor cantidad. Es un receptáculo que envía y recoge toda la que hay en el globo, pues los ríos y lagos vienen en último término á ser sus tributarios. Las sustancias contenidas en el agua del mar son los cloruros potásico, sódico y magnésico; bromuros magnésico y sódico; sulfatos magnésico y cálcico, el carbo-



nato cálcico, óxido férrico, sílice y materia orgánica, variando, como es natural, las cantidades de estas sustancias segun se considere el Océano ó el Mediterráneo.

Es variable la profundidad del mar: el Océano atlántico se calcula en 4.000 metros, y el Pacifico en 4.000: su fondo es desigual como el de la superficie de la tierra. Valles, montañas, pendientes más ó menos suaves, profundos abismos, cavidades de grandísima extension, todo existe en el fondo del mar, y es causa, por consiguiente, de que sea su profundidad variable segun el sitio en que se examine.

La atmósfera del mar presenta especiales condiciones. La pesantez del aire es mayor que en la superficie terrestre, la temperatura más constante, y existe una humedad habitual procedente de la evaporacion continua del agua, la cual evita los rigores del ardoroso estío y del helado invierno. Practicada la análisis del aire que rodea la superficie del mar, ha resultado contener ménos oxígeno que el aire normal, así como tambien algunas partículas salinas.

La respiracion en esta atmósfera tiene lugar con más facilidad, y la constante accion de su influencia salina puede determinar en casos dados la curacion de muchas enfermedades.

No es raro ver muchas veces que, en un país atacado por una epidemia, los buques alejados algun tanto de la costa están completamente libres de la influencia maléfica, y en ocasiones basta el embarque para que los individuos atacados se vean completamente libres de la enfermedad que amenazaba su existencia.

Algunas dolencias han sido falsamente atribuidas á la atmósfera del mar, como acontece con el escorbuto, pues se produce éste á consecuencia de la mala higiene de los buques, pero no porque contribuya en lo más mínimo el aire que los rodea.

El agua del mar es inodora y trasparente cuando en alta mar se considera, pero en las costas ofrece un olor desagradable. Contiene los gases oxígeno, nitrógeno y ácido carbónico, y se han dado diferentes procedimientos para hacerla potable, de los cuales el mejor consiste en la destilacion y aireamiento, adicionado uno por mil, de agua saturada de ácido carbónico.

De consiguiente, es indispensable que el agua que se emplea como bebida sea fresca, incolora, inodora é insípida, con cierta porcion de aire y sales en disolucion, cuyas sales son sulfatos, cloruros y fosfatos de cal y de magnesia.

#### IV.

El agua es el líquido que apaga mejor la sed entre todas las bebidas; pero destilada y sin aire no es conveniente bajo el punto de vista higiénico. En

dosis moderada disuelve los alimentos y favorece la digestion, pero en cantidad excesiva la perturba y aumenta en la sangre la cantidad de líquido, y tiene despues que emplear un improbo trabajo de eliminacion para conseguir despojarse de tan inútil carga.

Las aguas selenitosas ó salobres son causa predisponente ó preparatoria de gran número de enfermedades, entre las que figuran el bocio, los cálculos urinarios, el escorbuto y la escurfula.

Puede contener el agua en disolucion algunos principios á los cuales sea debida su accion terapéutica. En este caso recibe el nombre de agua mineral. Tambien su temperatura es otro de los motivos del empleo del agua, y ha dado origen á una division en frias y termales, contándose entre las primeras aquellas cuya temperatura es inferior ó igual á 15 grados en el momento de salida, y entre las segundas las que poseen superior temperatura.

Segun los principios que mineralizan las aguas, se han dividido, segun Lefort, en cinco secciones: ácidas ó acidulas, alcalinas, ferruginosas, salinas y sulfurosas. Se entiende por aguas acidulas aquellas cuyo principio dominante es el ácido carbónico libre. Alcalinas son las que presentan como uno de sus principios dominantes el bicarbonato ó carbonato sódicos. Las ferruginosas tienen como mineralizador en forma salina, el carbonato, crenato ó sulfato ferrosos. Salinas son las aguas que tienen en disolucion sales neutras. Y, por último, sulfurosas son las que presentan en su composicion el hidrógeno sulfurado, ó un sulfuro, ó ambos cuerpos á la vez.

En España tenemos numerosos manantiales de aguas minerales, representantes de casi todos los anteriores. Entre las aguas salinas tenemos las de Arnedillo, en la provincia de Logroño; de Betelu y Fitero, en Navarra; de Fortuna, en Murcia; de Trillo y La Isabela, en Guadalajara; de El Molar y Loeches en la de Madrid. De aguas sulfurosas, existen las de la Puda de Monserrat, en Barcelona; de Arechavaleta y Santa Ana, en Guipúzcoa; de Grávalos, en Logroño; de Ontaneda y Alceda, en Santander; de Carratraca, en Málaga; de Ledesma, en Salamanca, y otros varios. Como ejemplo de aguas ferruginosas, pueden citarse las de Puertollano en la provincia de Ciudad-Real, y las de Lanjaron en la de Granada.

Todas estas aguas llenan indicaciones terapéuticas determinadas y se consideran como unos excelentes medios de curacion ó alivio en las enfermedades crónicas. Así es que hay muchas de estas dolencias que á los medios ordinarios se resisten y se consigue vencerlas por medio de un tratamiento hidroterápico.

El agua usada interiormente puede conducir su abuso á la atonia; pero en dosis moderadas es con-

veniente á los que padecen enfermedades nerviosas ó afecciones intestinales. Después de absorbida, circula con los líquidos y es más tarde eliminada por la orina y el sudor.

En ocasiones, el agua puede obrar como astringente, provocando la coagulación de la sangre. Las compresas de agua fría son de un uso frecuentísimo y vulgar contra las hemorragias. También puede ser á veces antiespasmódica, y en tal concepto, produce excelentes resultados.

Pero la hidroterapia mineral tiene diferentes aspectos, bajo los cuales hay precisión de considerarla. En primer lugar, las circunstancias morales influyen de un modo poderosísimo. Libres los enfermos de los motivos de disgusto ó graves ocupaciones que de ordinario les rodean en las grandes poblaciones, trasladados de la vida de negocios y continuos trabajos á un sitio de recreo, donde se respira un ambiente embalsamado y puro, no puede menos de ejercer favorable cambio en la salud más ó menos quebrantada de los individuos sometidos á este tratamiento.

Por ese motivo, el médico de baños minerales no sólo debe consolar con favorables pronósticos, sino que tiene precisión de estudiar los afectos morales de los enfermos que tiene á su cuidado, favoreciendo todo motivo de distracción, como la música, amena lectura, entretenimientos gratos, etc. A veces, los mismos sitios donde los establecimientos balnearios se encuentran, son á propósito para conseguir el objeto. La vegetación fastuosa, los paisajes pintorescos, el hermoso y sereno cielo, los paseos matutinos con el fin de aspirar el aromático ambiente que exhalan la multitud de plantas que perfuman los sitios montañosos, la contemplación de la naturaleza, el ejercicio de la caza, todo es un conjunto de medios que contribuye á los buenos efectos de las aguas, tanto á veces como las sustancias que las mineralizan.

De aquí que las aguas minerales artificiales no alcancen las condiciones de bondad de las naturales. Por más que la análisis química haya descubierto hasta los más recónditos secretos que se encierran en la composición de un agua, no es posible trasladar á la habitación del enfermo todas las condiciones higiénicas que hay en el manantial; de igual manera que tampoco son los mismos los efectos aun cuando se usen las mismas aguas naturales fuera de los sitios en que brotan, aparte de los inconvenientes que la traslación ofrece.

Esto no obstante, tienen todavía las aguas minerales artificiales algunos partidarios, que se fundan en la posibilidad de establecer composición constante en las aguas artificiales, lo que no es posible conseguir en las naturales, cuya composición suele variar, sobre todo en cuanto á las cantidades,

y de aquí que varíen también las propiedades terapéuticas de las mismas.

Tampoco creemos conveniente, como medio de imitación de las aguas naturales, la evaporación de las mismas y redisolución del residuo en el momento en que se trate de prepararlas. En primer lugar, en la evaporación puede desprenderse, como de ordinario acontece, algún principio volátil ó bien mecánicamente arrastrado, y además lo probable es que al disolver este residuo, quede algún principio insoluble que se hallaba en el agua natural perfectamente disuelto.

Las ideas que en conjunto acabamos de exponer son las que más interés ofrecen en el estudio del agua bajo el punto de vista higiénico. Mayores detalles son propios de las obras de química, de terapéutica ó de farmacología.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

## VIAJE SOBRE UNA BALLENA.

AVENTURAS DEL CAPITAN ROBERTO KINCARDY.

### CAPÍTULO XIV.

LAS ISLAS DE JUAN FERNANDEZ.—LA TEMPESTAD.—LA *Atacama*.—SALVACION DE LA GOLETA *Valparaíso*.—LAS COSTAS DE CHILE.—LA ARAUCANIA Y TOWNENS.—LA TIERRA DEL FUEGO.—LOS SHETLAND DEL SUD.—TIERRAS ANTÁRTICAS.—EN EL HIELO.—LA MONTAÑA DE NIEVE.—SU DESTRUCCION.

Bien pronto *Fanny* penetró en un brazo secundario de la corriente de Humboldt, esa gran corriente de agua fría que va partiendo de los mares antárticos, sigue la costa occidental de la América, y recorre la Tierra del Fuego hasta el golfo de Panamá, enviando algunas ramificaciones al Océano Pacífico. Nada particular ocurrió en tan larga travesía. Ballenas con aletas dorsales se colocaron al lado de *Fanny*, y la acompañaron durante días enteros. Sabiendo que no tenían nada que temer de tan inofensivos compañeros, los viajeros no los ahuyentaron. Sus costumbres les entretenían, y su presencia rompía algún tanto la monotonía de aquel inmenso mar.

El martes 13 de Julio se distinguieron las islas de Juan Fernandez. Eran las primeras tierras que nuestros exploradores veían desde que abandonaron la isla de Pascua.

Las Juan Fernandez, llamadas así en honor del navegante español que las descubrió, son dos; lla-

\* Véanse los números 178, 179, 180, 182, 183, 184 y 185. páginas 124, 155, 182, 250, 280 300 y 348.

mada la una *Más á fuera* (hacia el mar), y la otra *Más adentro* (hacia tierra). Esta última debe su celebridad á la estancia en ella de Alejandro Selkirk, marinero inglés que fué abandonado allí en 1704 por su capitán, y cuyas aventuras inspiraron á Daniel Joë su inmortal Robinson Crusoe. Las Juan Fernandez están á 600 kilómetros de Chile. *Más adentro*, montañosa y fértil, es la única que está habitada y sirve para lugar de deportación.

El 14 de Julio, el cielo se cubrió de nubes grises y el viento sopló con violencia del Oeste. Olas enormes cubrieron la superficie del agua, y su espuma saltaba por cima del *hydrostat*.

—¡Mal tiempo! No estará satisfecho su majestad Picou I,—gruñó Tony Hogg.

—Ni yo,—dijo Guignard;—prefiero el bueno al malo. Eso va en gustos.

—A bordo de un navío es posible; pero á bordo de la ballena no hay riesgo. ¿Tendrías miedo, cobarde?

—¿Miedo? Los marinos franceses no conocemos esa palabra.

—Entonces, ¿por qué te lamentas?

—No me lamento; pero pienso en los que no pueden conjurar el peligro como nosotros. ¿Cuántos bravos marinos, así americanos como franceses é ingleses, se verán arrastrados sobre barcos sin gobierno, y esperarán el momento de ser tragados por el Océano?

—La muerte siempre ha de llegar,—contestó filosóficamente Tony.

Hacia el medio día, el viento era más fuerte y la tempestad se declaró en todo su espantoso furor. Una lluvia torrencial que caía casi horizontalmente, movida por las ráfagas de aire, hacía imposible la permanencia sobre el puente del *hydrostat*. Hasta *Fanny*, incomodada por el choque repetido de las olas, flotaba á veces como un cuerpo inerte, se sumergía con frecuencia, y solo aparecía para respirar.

El mar mugía horriblemente y se cubría de espuma blanquecina, y hasta cincuenta metros de profundidad conservaba una opacidad que las luces, á través de los cristales, no lograban disipar. Picou, debemos confesarlo, á pesar del valor que le inspiraban Tarquin y Guignard, sufría unas angustias mortales; en una palabra, *su majestad* hacía una triste figura.

La ballena, de pronto, se estremeció y pegó una violenta sacudida.

—*Fanny* ha tropezado con algo,—dijo con terror Roberto Kincardy.

Los viajeros se lanzaron á los cristales y miraron con ansiedad, distinguiendo un brick que se hundía y era arrastrado al abismo... Vieron hombres agarrados á las cuerdas, á las bandas y á los palos,

luchando con las agonías de la muerte. Era un espectáculo horrible, imposible de describir. El brick pasó como un negro fantasma, y desapareció para siempre.

—¡Desgraciados!—murmuró miss Victoria derramando piadosas lágrimas.

—Y es imposible socorrerles,—dijo Máximo con profundo dolor.

—Puede ser que encima de nosotros,—dijo Roberto Kincardy,—haya algunos naufragos á quienes podamos salvar. Subamos.

Tiró de las riendas, y obligando á *Fanny* á subir á la superficie, tomó las precauciones necesarias para que no pudiera sumergirse de nuevo. La tempestad se desencadenaba cada vez más terrible. Las olas, con una altura de diez metros, se chocaban, se torcian, se plegaban y mugían lúgubramente.

Roberto Kincardy sacó la cabeza por fuera de la escotilla y miró á su alrededor. No se veía nada. De pronto se oyeron dos detonaciones.

—¿Qué es ese ruido?—preguntó miss Victoria.

—Esperad; dadme un anteojo.

—Eso,—dijo Tony sin conmoverse,—es el cañonazo de alarma de un buque.

Dos nuevas detonaciones se dejaron oír.

—Pronto,—gritó Roberto Kincardy,—prestemos socorro á una goleta que distingo á dos millas de aquí... La mar la zarandea como si fuese una cáscara de nuez, y va á desaparecer.

En ménos de diez minutos *Fanny* se encontró en las aguas de la goleta; los marineros, aterrados, lanzaban mercancías al agua, mientras que otros trabajaban con ahinco en las bombas. De pié sobre el alcázar, el capitán, agarrado á las portas, daba órdenes y procuraba animar á sus hombres. A veces el buque se encerraba entre dos olas, y veíase tan solo la parte alta de la arboladura. Otras veces las olas saltaban sobre cubierta y arrastraban cuanto á su paso encontraban. Dos hombres fueron precipitados al mar. Roberto Kincardy les socorrió con éxito, y con ayuda de sus compañeros logró librarlos de una muerte cierta. Los dos naufragos, colocados sobre el *hydrostat*, dijeron á los viajeros que se había declarado una vía de agua en la goleta, que las bombas eran insuficientes, y que iba infaliblemente á sucumbir.

Roberto se acercó á la *Atacama* (tal era el nombre del buque), y llamó al capitán. Este, sorprendido al ver una ballena, y sobre todo una ballena que llevaba gente sobre el dorso, contestó con voz temblorosa. La tempestad le preocupaba, pero la ballena le asustaba. Roberto le tranquilizó, y le dijo que iba á socorrerle.

—Se ha declarado en la cala una vía de agua,—dijo el capitán.

—¿No podeis descargarla?—replicó Roberto.

—Nuestro principal cargamento es cobre, y es difícil y largo mover tan pesada carga.

—Continuad con la bomba, y echadme madera, cobre y clavos.

El capitán obedeció inmediatamente.

—Tony,—dijo Roberto al arponero,—vamos á buscar la vía de agua y á tajarla.

—Pero ¿cómo?

—Ahora lo verás.

Roberto Kincardy y Tony Hogg se pusieron los trajes impermeables, colocaron sobre sus espaldas el aparato Rouguayrat-Denayrouze, y mandaron á Montgeron conducir la ballena cerca de la goleta. Al cabo de un instante vieron que habian saltado cerca de treinta centímetros cuadrados de la carena. Entónces designaron el punto que habia que componer, y pidieron les echasen las escalas y cuerdas. Se ataron sólidamente y desaparecieron bajo las olas. La *Atacama*, combatida con fuerza, se inclinaba de una manera espantosa; pero Roberto, agarrado á las escalas y apoyándose en el costado, sostenia á Tony con vigorosa mano, mientras que éste, con la sangre fria que le distinguia, colocaba planchas sobre el agujero, las sujetaba fuertemente y las caláfateaba. Esta operacion duró veinte minutos, minutos durante los que Máximo vigilaba á sus compañeros, y mantenía á *Fanny* cerca, para ayudarlos en caso de algun accidente. Felizmente no ocurrió contratiempo de ninguna clase. Tony Hogg y Roberto Kincardy aparecieron en la superficie y remontaron al *hydrostat*. Los dos marineros salvados se agarraron á las escalas y subieron también á bordo del buque, maravillados de lo que acababan de presenciar.

—¿Se achica ahora la cala?—preguntó Roberto.

—Sí,—respondió el capitán de la *Atacama*;—las bombas funcionan perfectamente y el agua baja. La tripulacion y yo os debemos la vida. Decidnos cómo os llamis, para bendecir el nombre de nuestro salvador.

—Si os preguntan quién os ha salvado, decid que la tripulacion de *Fanny*, la primera ballena sometida al poder del hombre. Mientras la tempestad continúe, manteneos en alta mar, pero así que pase, apresuraos á ganar cualquier puerto donde podais componer como es debido la avería del buque.

—Vamos á Valparaíso.

—Nosotros también; así, pues, hasta la vista.

A pesar del estado del mar, los marineros de la *Atacama* cesaron un momento sus penosas manobras para aclamar á sus libertadores y mirar á la ballena, que atravesaba las espumosas olas y nadaba vigorosamente hácia la costa chilena, distante todavía unos 60 kilómetros.

Cuando *Fanny* entró en la rada de Valparaíso, la tempestad habia cesado casi por completo, y el sol, rompiendo las nubes, iluminaba con sus rayos las escarpadas montañas que rodean á la ciudad. Valparaíso tiene cerca de 80.000 habitantes; es la ciudad más comercial de Chile, y hacen parada en ella los steamers de Europa y América que doblan el cabo de Hornos. Puede comprenderse el efecto que causaria la llegada de un cetáceo tripulado y dirigido por hombres, en una poblacion marítima. Todo Valparaíso se trasladó á los muelles. Chalupas, canoas, botes y embarcaciones de todas clases, llenas de curiosos, rodearon á *Fanny*. Las autoridades civiles y militares también llegaron á su vez y felicitaron con entusiasmo á los atrevidos viajeros. Se telegrafió á Santiago, capital de Chile, la importante nueva, y como esta ciudad sólo dista de Valparaíso 130 kilómetros, y están unidas por camino de hierro, se organizaron trenes de recreo que condujeron una multitud de curiosos, y hasta el Presidente, ministros y altos funcionarios de la República chilena se trasladaron á Valparaíso.

Entre tanto, la *Atacama*, remolcada por un paquebot de vapor que habia encontrado, entró en el puerto. El capitán refirió los incidentes relativos á su salvacion. Este relato, corriendo de boca en boca y ampliado naturalmente con hechos casi prodigiosos, produjo un inmenso entusiasmo, que desbordóse en gritos continuados y bravos sin fin. Roberto Kincardy y sus compañeros fueron convidados á comer en casa del gobernador de Valparaíso y en compañía del Presidente. Tarquin, Guignard y Picou quedaron en el *hydrostat* para cuidar de la ballena. Por la noche la ciudad se iluminó como si se hubiera celebrado una fiesta nacional, y se pronunciaron varios discursos más ó menos elocuentes en honor de los valientes exploradores.

Era ya media noche cuando miss Victoria, Máximo Montgeron, Roberto Kincardy y Tony Hogg regresaron al *hydrostat*. Durante su ausencia, la municipalidad habia enviado un verdadero cargamento de víveres y renovado la provision de agua y de vino; atencion á la que Tony se mostró muy agradecido, y como estaba algun tanto *animado* despues de la comida, declaró que Chile era la segunda nacion del mundo, puesto que los Estados-Unidos era la primera.

Al dia siguiente, temprano, la ballena describió algunos círculos por la rada y se lanzó á alta mar, saludada por las aclamaciones de una inmensa multitud. Roberto Kincardy la condujo algun tiempo mar adentro, y la volvió bruscamente hácia el Sud para seguir las costas de Chile, de las que no queria apartarse mucho. Estas costas, excesivamente abruptas, erizadas de escollos y de rocas salientes, son muy peligrosas, y sometidas á frecuentes tem-

blores de tierra, sufren movimientos que alteran por completo sus contornos. Los temblores de 1822, 1835 y 1837 destruyeron en parte á Valparaíso, Casablanca y otras poblaciones, y levantaron la orilla á una altura de dos metros por término medio, y en una extension de 200 leguas. Chile es una tierra esencialmente volcánica. En 1872 apareció un nuevo cráter, el de Llagnel, que arrojó una gran cantidad de lava y ceniza, que el viento llevó hasta el mismo Santiago.

En lontananza distinguíase la nebulosa cima de los Andes, destacando su accidentada silueta sobre el azulado cielo, y al mismo tiempo veíanse las ciudades y pueblos extendidos por la costa, y rodeados de encinas, cedros, pinos y laureles. Pasaron delante de Talcahuano, la Concepcion, Valdivia y la ensenada del Corral, el mejor fondeadero de la América Meridional, viendo el país que forma la Araucanía.

—Hé aquí el reino de Tounens,—exclamó Máximo Montgeron.

—En efecto,—replicó Roberto:—llegué á Valdivia en el momento en que vuestro compatriota fué preso por las tropas chilenas (4 de Enero de 1862).

—Un émulo de S. M. Picou I,—interrumpió Tony Hogg sonriendo.

—No,—replicó el capitán Kincardy. Tounens fué efectivamente proclamado rey, con el nombre de Orelío-Antonio I, el 17 de Noviembre de 1860; y aunque en Europa y en la Union se rieron de su efímero reinado, es probable que hubiese prestado verdaderos servicios á la civilizacion, sometiendo á las leyes del viejo mundo á los terribles Araucanos.

—¿Son tan terribles como se dice?—preguntó Montgeron.

—Es incontestable que son valientes y bravos, y que los españoles no los sometieron. Aman la libertad más que la vida. Cuando una nacion por bárbara y despreciable que sea encierra dentro de sí sentimientos de independenciam y odio á la opresion, merece nuestra estimacion. Los Araucanos no están tan degradados como pretenden algunos escritores chilenos. Forman una confederacion ofensiva y defensiva presidida por un Consejo de sabios y ancianos, nombrados por eleccion. Se asegura que estos diputados son extremadamente habladores, pero... ¿se puede ser diputado sin ser hablador?

Máximo Montgeron se sonrió irónicamente.

Durante dos ó tres dias siguieron el inmenso litoral de los Patagones, que se extiende desde el archipiélago de Chile hasta el estrecho de Magallanes. Llovía frecuentemente, lo cual incomodaba á los viajeros, que no podían subir al puente del *hydrostat* y examinar aquel país triste, desierto y salvaje. Pronto llegaron al archipiélago de la Tierra del Fue-

go, grupo de unas cuarenta islas, de una superficie de cerca de 1.400 miriámetros cuadrados, separadas por estrechos y corales, con corrientes peli-grosas. En sus anteriores viajes, Roberto Kincardy y Tony Hogg habian visitado algunas de estas islas, así es que pudieron dar amplios detalles sobre su aspecto, su fauna, su flora y su ethnología.

—En suma, es un mal país,—dijo el capitán Roberto,—erizado de montañas, cubierto de rocas y de bosques que no pierden jamás su verdura. Los picos más elevados son los que se encuentran en la costa occidental de la isla, King Charles Southland (1), el Darwin (2.125m) y el Sarmiento (2.155m): este último es un volcan. Todas las estaciones son iguales. La flora es especial y distinta de las de Patagonia y los Andes, caracterizándose por las plantas de constante verdor. El apio silvestre y la co-clearia son los únicos vegetales comibles que en ellas se encuentran. Los animales se hallan en muy escaso número; no se ven más que perros y buitres. Los naturales no se parecen en nada á los Patagones á pesar de ser sus inmediatos vecinos. Pequeños, bajos, delgados, arrastran miserable vida y vagan por las costas en busca de alimentos para vivir.

Los llaman Pécherais, nombre que significa amigos. Felizmente la mar es más fértil que la tierra. Aquellos tristes parajes se ven frecuentados por cetáceos, focas, pescados de todas clases, crustáceos de diversas especies, y pájaros acuáticos que los naturales persiguen, cazan y comen. Estos confeccionan sus trajes con pieles de foca, sin hacerlas sufrir preparacion alguna. Los Tchouktchis han causado disgusto á vuestro olfato; pues si vierais á los Pécherais, os parecerian aquellos señoritos perfumados.

Los viajeros pasaron la noche cerca del cabo de Hornos, y navegaron entre varios buques detenidos por serles los vientos contrarios. Ofrece suma dificultad á los buques de vela doblar ese promontorio, y hay algunos que esperan durante muchas semanas para poder penetrar en el gran Océano del Sud.

—Puesto que tenemos tiempo de sobra,—dijo Kincardy á sus compañeros,—y no debemos de llegar á Boston hasta el 15 de Setiembre, ¿quereis que hagamos una excursion al continente austral?

—Adoptado,—replicó la tripulacion.

Desde que bogaba en los mares frios, *Fanny* parecia más fuerte y más vigorosa; así fué que franqueó los 800 kilómetros que separaban la Tierra del Fuego del continente antártico en veinticuatro horas. Costeó la Shetland del Sud, grupo de islas desiertas y heladas, halladas en 1599 por el holandés Dirk Gerritz, visitadas en 1819 por Smith, y en 1838

(1) Tierra meridional del rey Carlos.

por el glorioso Dumont de Urville, que descubrió al mismo tiempo la Tierra Luis Felipe, tierra que á su vez deseaba explorar el capitán Roberto.

Los viajeros quedaron espantados del aspecto que presentaba aquella siniestra region. Capas de lava y cenizas volcánicas, mezcladas con capas de hielo, hacían inabordables las orillas. Montañas de hielo monstruosas aparecían pegadas á las rocas y suspendidas sobre el mar; y el agua, llena de témpanos, estrechaba el lúgubre paso.

A uno y otro lado, sobre las áridas rocas, se veían largas filas de pinguinos inmóviles, descansando sobre sus cortas patas, asemejándose á centinelas encargados de vigilar aquel terrible caos. *Fanny* recorrió una distancia que puede calcularse en más de 20 kilómetros, ántes de descubrir una ensenada ó una bahía á propósito para descender. De pronto vieron un profundo boquete, estrecho y sinuoso como los que existen en las costas de Homega ó Groenlandia: partía del hielo y se dirigía hácia unas montañas cubiertas de nieve, ostentando sus cimas bajo un cielo oscuro y triste.

—Puesto que este es el único camino que se nos abre, sigámoste,—dijo Roberto.

Y encaminó la ballena al estrecho.

Avanzaron con prudente precaucion durante cinco ó seis horas, pero llegó la noche y fué preciso detenerse. Felizmente, una aurora boreal brilló en el cielo é iluminó con sus reflejos el horrible paso. Semejante á montones de amatistas, los hielos reflejaban la luz y daban un tinte bronceado al brazo de agua que todavía no habían invadido.

—Podría creerse que navegamos sobre la laguna Estigia ó sobre el rio Aqueronte,—dijo Máximo.

La comparacion era exacta. Aquella ensenada parecia un rio infernal. Para aumentar la ilusion, algunas focas arrastraban sus negros cuerpos sobre el hielo, y saltaban, pareciendo demonios salidos de los profundos infiernos.

Gracias á la confusa luz de la aurora, nuestros exploradores pudieron continuar avanzando; pero llegaron á un profundo aglomeramiento de peñas y hielos del que se escapaban llamas y vapores sulfúreos. Un volcan era la conclusion del estrecho. El cráter estaba apagado y las materias ígneas se escapaban por grandes aberturas situadas casi á nivel del suelo.

Esta particularidad explicaba tal vez el origen de la ensenada; elevada la temperatura del agua por aquella parte, gracias á aquel horno natural, se extendía hácia el mar y se abría camino á través del hielo. Conocida la imposibilidad de ir más léjos, los viajeros volvieron sobre sus pasos, pero al llegar á la extremidad del canal se vieron obligados á detenerse. Allí donde habían encontrado la mar completamente libre, había caído una enorme montaña

de hielo que cerraba y obstruía por completo el paso.

Sin duda alguna, el viento, durante la corta exploracion que acababan de hacer, había arrojado aquella masa de nieve á la embocadura del canal, impidiendo la salida de los viajeros.

Dejaron sumergirse á la ballena para ver si era posible pasar por debajo del obstáculo, pero la endurecida nieve tocaba en el suelo.

¿Qué hacer? ¿Qué resolucion tomar?

El capitán Kincardy se lamentaba amargamente de haber arrastrado á sus compañeros á visitar el continente antártico.

¿Cómo salir de aquella prision de hielo? ¿Cómo vivir en aquella tierra árida y desolada? Raro era el buque que se aproximaba á aquellos lugares. El *hydrostat* estaba aprovisionado para tres semanas ó un mes, pero... ¿y despues?

Era preciso morir, á ménos que no se presentase un recurso inesperado. Y Josué Halland sería inexorable á la terminacion del plazo el 15 de Setiembre; y miss Clara-Ana desapareceria para el hombre que había sacrificado los tres años más bellos de su vida, á fin de intentar y realizar alguna cosa grande y extraordinaria.

El pobre Roberto tuvo un momento de desfallecimiento. Él, tan valiente y atrevido, sintió que su corazon temblaba y que las lágrimas se le saltaban.

—¡Adios mis sueños y mis ilusiones!—murmuró con dolor.

—Hermano,—dijo miss Victoria,—¿no hay esperanza?

—No, el hielo está adherido fuertemente al suelo, y sólo desaparecerá cuando llegue la época del deshielo.

—Por ahora con el deshielo no hay que contar,—interrumpió Tony;—pero la situacion no es desesperada: cazaremos focas; nos comeremos á *Fanny*, y entre tanto puede ser que algun buque nos salve.

—Yo pescaré,—dijo Guignard,—y me parece os dejará satisfechos mi trabajo.

—Pero,—añadió Picou con voz tímida,—si es preciso un deshielo para salir de aquí, me parece que está en nuestra mano producirlo.

—¡Vive Dios!—exclamó Tony:—hubiese sido raro que Su Majestad abriese la boca sin decir alguna tontería. A pesar de tus reales poderes, ¿tienes los vientos alisios en tus bolsillos para lanzarlos contra el hielo y derretirle?

—Picou no es tan bestia como tú,—replicó Guignard.

—Vamos, alfeñique, caña la boca y sé más respetuoso para conmigo.

—Sí, repito que Picou no es tan bestia como tú, respetable Tony; que no me asustas con tus anchas

espaldas, y que creo adivinar la idea de Picou. Sigue, Picou.

—Hé aquí mi pensamiento,—continuó con calma el servidor de Máximo:—en otra ocasión se hizo franco el estrecho de *Whale-Bay*, obstruido y cerrado por el *Peerless*; pues bien, ¿no podía por iguales medios destruirse la montaña de hielo?

—¡Ah!... sí... sí... Es una idea feliz,—gritó Roberto Kincardy.—Picou, os doy gracias, pues nos salvais. Manos á la obra.

Armados de picos y barras de hierro, los viajeros hicieron varios agujeros en el endurecido hielo, introduciendo en ellos cajas de dinamita. Por medio de un alambre metálico y de la bobina de Rumkorff, la corriente eléctrica produjo explosiones que destruyeron la montaña de nieve; pero fueron necesarios tres días, tres días que parecieron siglos á Roberto Kincardy para limpiar el paso. Con el *jolly-boat* Tarquin y Guignard separaban los témpanos que sobrenadaban para impedir que se juntasen de nuevo.

Por fin, el 31 de Julio por la mañana, *Fanny*, descansada y bien alimentada, porque no la habían olvidado durante aquellos tres días, abandonó el canal en que había estado prisionera, y se lanzó al Norte, costeó la tierra de Joinville, pasó cerca de las Shetland del Sud y penetró en el Océano Atlántico.

A. BROWN.

(Continuará.)

## LA CALLE DE CARRETAS.

El nombre es la calle. Si el ayuntamiento acordara cambiarle el suyo, la calle de Carretas sería en adelante la calle de Mendez Nuñez, y quedaría el recuerdo pero no la calle.

¿Y habrá alguien que opine mal de esta petición patriótica y este deseo español, y que no prefiera al nombre prosaico el apellido ilustre?

Nos parece que no, pero la calle de Carretas será siempre la misma calle, porque el nombre es tradicional, y la tradición nos lleva donde quiere.

Aquí están la de Alcalá, la del Pez, la de Hortaleza y tantas otras que con cien nombres sobre la esquina, tuvieron en todas ocasiones el del bautismo. Por esta razón, escribir el del marino en lápida borrosa de calle vieja, sería renunciar de veras á tener en Madrid la calle de Mendez Nuñez.

Para que tal sea hay que bautizarla.

Basta con recordar lo que sucedió á la plaza de Herradores hace algunos años. Se borró el título del oficio humildísimo, y se puso en aquel lugar el de alto señor y gran personaje. ¡Inútil afán! Aquel segundo nombre cuando se borró de la pared, se borró de la memoria, y es y será la plaza de Herradores, por los siglos de los siglos.

Los nombres de las calles los dan los pueblos, y hasta aquí no llegan los decretos de los gobernantes.

En cambio se bautizó con el apellido que no cabía en la plaza estrecha un *bulevard*, y se llama y se llamará hasta el día final de la misma manera. El personaje vive, la calle se puebla, y el nombre acabará cuando acabe el barrio.

Nombre nuevo arraiga en calle nueva, pero en calle vieja sucumbe.

Es ley de la costumbre, como es ley de la naturaleza que el expósito llame padre á cualquiera, y el que lo tiene sólo al verdadero.

La calle de Carretas tiene una fecha inmemorial, ha prescrito el uso del nombre, recuerda el arranque de un pueblo que defendía sus libertades, y guarda una historia. Y no hay que desearlo con agradecido corazón y alma entusiasta, el cambio lo sería para muy pocos, y el esplendor del nombre moderno no pasaría por esta medida del registro municipal.

\*\*\*

Un recuerdo.

Era el siglo de oro; los reyes católicos habían alcanzado la unidad de la nación, los sucesores suyos no lo serían ya de Aragón ó de Castilla, lo serían de España; Fernando inició el poder político de la diplomacia, Cisneros el poder militar de los ejércitos permanentes. Ennoblecidos los magnates, un mundo descubierto, los metales de América haciendo una revolución en la riqueza, la fe triunfante, el comercio en pleno desarrollo, las letras en espléndido florecimiento, asombrada Europa con nuestros reyes, y asombrado el mundo con nuestro poderío, en aquel momento sublime que divide las dos edades, España, ha dicho un genio insigne, llevaba al sol como un diamante en su corona, y al mar como una esmeralda en sus sandalias.

Pero murió Isabel, la reina eminente y la mujer perfecta; murió Fernando, murió Cisneros; y entregado el reino á un príncipe impaciente que desconocía el suelo español, el idioma y las costumbres, los flamencos rapaces hicieron acopio de riquezas: faltaban gobernantes y vinieron revolvedores; al rey católico, sagaz y reflexivo, y al cardenal venerable y sabio, sustituyeron un prelado imberbe y un extranjero afanoso de conquistas; se reunieron las cortes para votar subsidios exorbitantes; la nobleza se acuchillaba por cuestiones de raza, los procuradores cedían, el disgusto aumentaba; se agitaron las ciudades y estalló la insurrección de los comunes, no contra Carlos, sino contra la violación de los fueros y el arrebató de las libertades.

Y se incendiaron pueblos enteros, y grandes batallas fueron reñidas, y aquel vigoroso esfuerzo de una raza de fieras fué ahogando su sangre por la traición, muriendo en el patíbulo la flor de los caballeros, la heroína de Toledo en Portugal, y el obispo Acuña colgado de una almena.

El cardenal Adriano regente vencedor fué elegido Papa. Así lo haría, que su muerte se celebró con festejos públicos.

\*\*\*

Por entonces tuvo Madrid un alcaide guardador del alcázar durante la ausencia de Carlos I, cuando fué á coronarse emperador de Alemania, y este alcaide fué el vasallo más leal y el más honrado de los servidores del rey. Llamábase D. Francisco de Vargas y era de no plebeya condición, más rico de

valor que de haciendas, y más amigo de los nobles asociados á la regencia que de sus propios intereses.

Sospechó el alcaide cuando la rebelion estallaba en Zamora y en Toledo y en Valladolid y en Salamanca que no tardaria Madrid en seguir aquel ejemplo, y desprevenido de fuerza, encomendó el alcaide á los nobles la guarda del Alcázar mientras salía oculto con direccion á Alcalá por infantes y caballos.

Reuniéronse los nobles en la torre de Lujanes y acabaron el plan de resistencia al grito de ¡Vivan nuestros hermanos! lanzado en las calles.

Entretanto llegó el de Vargas por el camino de Atocha, acudieron entonces los sublevados al límite de la poblacion, que no se extendia más allá de lo que es hoy la Plaza de Anton Martin, lugar de ataque, segun costumbre, y lugar de defensa para todas las rebeldías, y con parapetos de carros que hacian el viaje á los pueblos vecinos y piras de leña que se guardaba en los almacenes que dieron tal nombre á la Plaza que aún hoy lo lleva, resistieron primero y aún rechazaron al alcaide, quedando entonces en posesion del arrabal de Santa Cruz.

Madrid fué á partir de aquel dia poblacion comunera.

Así esta hazaña se llamó de las carretas, que sirvieron de parapetos, y se dió este nombre á la calle de *Broqueleros*, que ántes fué de las *Librerías*, por el mucho comercio que durante poco tiempo hicieron en sus tiendas unos y otros en ambos lados de la calle.

No falta historiador que cuenta las cosas de otro modo, y pinta á los comuneros acometidos por Vargas y los nobles á un tiempo, y derrotados por la espalda, como no falta tampoco quien quiere buscar el origen del nombre de las *Carretas* y de la calle por ende, no en el hecho de la resistencia, sino en la costumbre de parar allí esta clase de vehiculos.

Alguno ha negado tambien con estos recuerdos el origen romano que se quiso atribuir á Madrid, porque de ser preciso que los medios de locomocion primitivos dieran nombre á «una de nuestras primeras calles,» nunca fuera humilde hasta la carreta, sino elevarlo, y altisonante, hasta la carroza triunfal. Aun hubo otro Vargas, no alcaide, sino eruditísimo y sabihondo que afirmó gravemente ser la villa contemporánea de la gran Babilonia, y haber recibido su nombre la calle de *Carretas* por mandato del mismísimo Nabucodonosor á su paso por *Madrid*.

El lector lo creerá si quiere; yo presumo que á fuer de bien enterado este señor erudito sabía hasta lo que no pasaba.

\*\*\*

Quedamos, pues, en que la calle de Carretas fué una gran calle, es una gran calle, y será una gran calle. Para recuerdos le basta uno, para origen y tradicion la última cita, para glorias las de Madrid.

Empinada y casi torcida allá por las alturas, intransitable y casi peligrosa aquí por los comienzos, empedrada de lo menudo, estrecha para coches y ciudadanos, ventilada á medias, sin adyacentes despejadas ni grandes avenidas, muchas casas y pocas comodidades, mucha estrechez y monotonía, especie de cementerio donde en cada balcon vive un vecino, sin monumentos, y los que lo parecen malos, sino tuviera nombre ilustre por el recuerdo, sino fuera calle comunera, podriais cambiarlo; pero

lo es, y un ayuntamiento de origen popular no se atreverá nunca á semejante cosa.

Lo más antiguo de esta calle fueron las primitivas librerías, despues los tiradores de oro dieron el nombre del Catihoya á la calle de Majaderitos que han heredado las de Cádiz y Barcelona, y por fin se edificó la casa de los correos, hoy ministerio de la Gobernacion.

Y cuentan que, comisionado para hacer el edificio un arquitecto español notable, llamado Ventura Rodriguez, ántes de echar el cimiento fué despeseido del encargo por un famosísimo empedrador frances, llegado aquí para los oficios de este último empleo, pero de bastante maña en eso de quitar parroquias y quedarse con el trabajo de los demas.

Este empedrador se llamaba Marquet y su comision fué luego transmitida á Ventura Rodriguez, en vista de lo cual, las gentes de la época (Carlos III), dieron en murmurar de la intriga y decir aquello de *Al arquitecto piedra y casa al empedrador*.

Y á fe que lo pagaron el uno y el otro, pues ni fué bueno el empedrado ni el palacio lo fué tampoco, sólido este último, pero sin elegancia, ni esbeltez, ni gusto; pesado, sin arte; distribuido el inmenso espacio en inútiles departamentos, por dentro raquitico y desproporcionado, por fuera pobre y feo; tiene, sin embargo, una ventaja, y es, que como ha de durar mucho tiempo, tambien se tardará mucho en hacer otro peor.

Y puesto que parece lógico que si una idea se rechaza de algun modo, ó con un pensamiento no se conviene, otro se ponga enfrente; yo recuerdo eu este momento un paseo circular de elegante curva, punto de cita de eminencias y señorías, gala de la corte, orgullo de Madrid, donde todos los que van se lisonjean; donde no siempre están los mismos, pero donde están siempre los mejores; torneo de galanes y espejo de hermosuras, hecho con grandeza y mantenido con despilfarro, y tan lucido, y tan lujoso, y de tan altas condiciones, que sólo le falta un nombre.

Si oyera el Municipio, sería cosa de preguntarle: ¿Por qué no se da el nombre de *Mendez Nuñez* al paseo de carruajes del Buen Retiro?

CONRADO SOLSONA.

## MISCELÁNEA.

### Un nuevo planeta.

El profesor Jaime C. Watson, del observatorio del puerto Ann, de la universidad de Michigan, dice que en la noche del 8 de Agosto, descubrió en la constelacion de Capricornio un planeta hasta ahora desconocido. Está actualmente en línea perpendicular á veintiuna horas y catorce minutos, y en línea oblícua á quince grados y cuarenta y siete minutos. Brilla como una estrella de décima magnitud y gira hácia el Oeste y el Norte.